

HOMBRES,
LUGARES
Y COSAS
DE
LA MANCHA

Apuntes para
un estudio
médico-topográfico
de la Comarca

POR
RAFAEL
MAZUECOS

TEMPLAR Y TOCAR

Uno de los reproches que se le han hecho siempre a

los tocadores de guitarra es lo que tardan en templar.

Cuando yo era muchacho y me llevaban a tocar a las bodas, hasta se enfadaban conmigo, impacientes por bailar aunque la guitarra sonara mal.

Ahora me pasa casi igual con estos libros y no puedo evitar el recuerdo y el reproche cada vez que cojo el instrumento, pues no falta quien diga ni quien lo piense aunque se aguante, que a ver cuando voy a entrar en materia, pero como las cosas se arreglan solas o no se arreglan, aparece Antonio Moreno, que le gusta hacer historia e historia de la Física nada menos y dice que no entre, que no conviene que entre en materia y que siga haciendo apuntes, que ya vendrá quien los ordene, pero el aporte de materiales de primera mano sería casi imposible para los demás. Piensa, incluso, que ya es pensar, en el arsenal que tendrán las tesis que se hagan en la futura universidad manchega...

¿Desvaría Antonio?

No se, pero el caso es que algunas tesinas ya se han aprovechado de ello en universidades no manchegas.

¿En qué quedamos?

No hagamos como los pastores cuando venían de rodeo y borriqueaban en la puerta de la novia explicando a voces su estado y diciendo:

—O sales o lo V..rt.

Dejarse llevar por la corriente no es mala regla, pues por algo las aguas se abren su cauce, aunque tengan que rodear algún cerrete al comenzar, lo malo sería que por detenerse en el cerrillo dejaran de regar y hacer fecundas las tierras de más allá.

Sigamos las ondulaciones del terreno y hagamos una veguilla limpia, transparente y saludable, como lo fue, para que los pájaros se multipliquen y crezcan, remontándose y balanceándose en las alturas como las alondras mañaneras.

FASCICULO XLIV

El manco del carrillo

FRANCISCO LIZCANO ALHAMBRA

Cuantos recuerdos me trae la estampa de este chico del paseo de mi tiempo, después de tantos años de silencio y de cambios increíbles.

Es uno de los factores representativos de la vida local y aún de la comarcal de su época y precisamente por su incapacidad y por sus admirables cualidades compensadoras.

Cuando tenía catorce años se embromó con otros para ir al carnaval de Criptana sin dinero, se engancharon en un mercancías y se cayó cortándole el tren el brazo derecho.

Ya mayor lo emplearon en el transporte de la correspondencia desde la estafeta en la Castelar, la casa más arriba de la confitería de Julio Espinosa, a la estación y viceversa, las veces necesarias cada día, por un duro de sueldo, comprendiendo el cuidado de la mula de su propiedad, su herraje y las reparaciones del carrillo.

Vivía con su hermana, la mujer del moreno el mozo de equipajes -Gregorio Monreal Ramos, (Chozá)-, en el rincón de la fuente, a la derecha. Lo del fondo del rincón lo utilizaba de cuadra y de porche para el carrillo. Los Alhambras, o sea los Caleros, predominaban en el rincón, por eso Saturnino el carbonero, que era Alhambra, se hizo allí el nido, porque su madre, primera esposa de Daniel el del agua, era hermana de la del manco y de la mujer de Chozá.

Era mas bueno que el pan y mucho tiempo hizo el transporte diario de la correspondencia de Herencia a Alcázar, saliendo de aquí a las cuatro de la tarde y volviendo a las nueve de la noche para enlazar con los correos con una puntualidad cronométrica, hasta el punto que su paso por el Cristo y el paseo y el ruido acompasado de sus ruedas a distancia con un tono propio de su marcha, servía de indicador para saber la hora.

Era un servicio de responsabilidad el que prestaba porque entonces circulaban mucho los pliegos de valores que eran unos sobres especiales en los que iba el dinero efectivo, cosido con buen hilo y lacrado en el pico central y en los cuatro ángulos de las solapas. Su importancia puede deducirse del hecho de que todas las tardes salía de correría una pareja de la Guardia Civil para darle escolta desde donde lo alcanzaban que solía ser por el río, que se subía con él y venían juntos hasta la esquina de Reguillo.

Nunca fue desmañado, pero la necesidad le hizo más habilidoso y uncía y desuncía la mula con mucha facilidad, entraba y sacaba el carrillo y le hacía de trabajar a todo su cuerpo.

Fumaba bastante, como Chozá y como entonces todo el mundo se hacía los cigarrillos, él se las arreglaba con la mano zurda y una esterilla de aquellas que vendían para ese objeto y le salían perfectos como puede verse en la fotografía, aunque se quemaba los camisones por llevar el pito en la boca y caérsele las "bolliscas".

Lleva el traje de pana habitual, los alpargates blancos con su cinta negra corrida a lo albarca y la chaqueta de dril porque era verano y obsérvese la maña de meterse la gorra en la sangría del brazo bueno estando fumando. Entonces no se vendían ropas hechas y lo demuestran la forma de la chaqueta y la colocación de los botones.

El manco vivió en paz y en gracia de Dios, sin quebrantos, porque no se casó y haciendo gala de su buena salud y fortaleza, ayudando en las bodegas de los Carabinas y en los agostos en los largos trabajos de la era, porque hace más el que quiere que el que puede y el manco quiso siempre más que podía.

No faltará todavía quien recuerde como yo las excelentes cualidades del manco del carrillo, notabilísimo rasgo alcazareño por ser general en su época y orgullo de los observadores del lugar que se les llenaba la boca de decir que en Alcázar nunca pasaba nada. Y era verdad.



HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico - topográfico de la Comarca

P O R

RAFAEL MAZUECOS

Mes de Mayo de 1979

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION MAZUECOS
ALCAZAR DE SAN JUAN

Fascículo XLIV

No hay dos sin tres

Y por no faltar a la regla se hace este libro 44, tercero de los excesos florales que se venían acumulando.

Da gusto ver la frondosidad de las plantas robustas y saludables que crecen libremente y lo invaden todo. Y aquí, como en cualquier follaje espléndido, escasearán los frutos, pero se reverdecerá el campo expandiéndose el espíritu y recreándose la vista.

¡Ojalá! que dentro del recreo y el mero adorno no falte el embalsamado céfiro que sosiegue el alma y la deleite inclinándola al bienestar que hace grato el vivir y la lleva al amor fraterno.

Debe aclararse para quienes esperan, que el exceso de trabajo acumulado obliga a dividirlo agrupando las materias afines, por lo cual pasan desde hoy al libro 45, de inmediata aparición, algunos temas importantes de la historia alcazareña, como la sociedad económica de amigos del país, las virtudes curativas del herbolario Benito y las de diversos santos de la comarca. Perdónese la demora.

INDICE

Portada
Templar y tocar
Contraportada 1. ^a
El manco del Camillo
Contraportada 2. ^a
Un menú
Página 1
No hay dos sin tres
Página 2
La Castelar de chica
Página 6
Sombraje estacionario
Fotografía difícil
Página 8
Estampa emocionante
Página 9
Tantas idas y venidas
Página 12
Paco Cruceta
Página 15
Toboso el Conductor
Página 16
Don Antohano médico
de la Mota
Página 18
Cambios médicos
Página 21
Todo un programa
Página 24
Ramillete fotográfico
Página 27
Calles de Alcázar
Página 32
Cazadores y cacerías
Página 35
Caza Mayor
Página 36
Lluvia de trofeos
Página 37
Fantasías y realidades
Página 39
Flujo y reflujo
Página 41
Cazadores en el
cazadero
Página 42
Personas representativas
Página 44
Cambios de estilo
Página 45
Gente alcazareña
Página 46
Quintos y quintas

La Castelar de chica

Es decir, cuando empezaba a serlo, dejando su nombre de San Andrés como los crustáceos se mudan el caparazón.

Por el tiempo que murió Don Emilio, que pasaron su cadáver por la estación en aquel tren lleno de coronas y de flores, aureolado del más sentido duelo universal y por las trazas de la calle en esta fotografía, se puede asegurar que todavía no había entrado en quintas y que se mantenía en los juegos inocentes aunque inquietos de la infancia y de la juventud.

Es una aportación magnífica que debemos al interés alcazareño de nuestro laureado pintor José Luis Samper y que guardaba Casimiro Rubio Barco, uno de los chicos de Valentín. De ellos son también la fotografía rara de la estación que figura en otro lugar de este libro y la tarjeta de la cena en el Hotel Raboso, totalmente olvidado y que gracias a este hallazgo podrá recordarse siempre.

Está el Ayuntamiento todavía, como un señor feudal, presidiendo la fotografía con su hermosa torre de seca austeridad, pero ya están hechas las casas altas de Pepe Almedros, Facó Alberca y de Isidro Cano que fue la última, lo cual indica lo poco que le faltaba al Ayuntamiento para caer.

La fotografía está tomada con un grado de oblicuidad que oculta muchos puntos de interés de la calle. Se ve la casa de Pílez casi entera, con la planta alta en cámaras como estuvo mucho tiempo y la tienda que hay abierta puede ser la barbería de Frasco, cuyos aprendices están en la puerta desocupados y mezclados con los chicos de la escuela.

Frasco fue barbero y fue practicante titular y otras cosas, todas en sentido nominativo, pero fue de verdad el primer cazador de su época y la escopeta más segura de su tiempo y por encima de eso y de todo, la fantasía más prodigiosa y deslumbrante que se ha conocido en Alcázar, incluídos Estanislao Utrilla, Ulpiano, Victoriano el Viejo, Máximo el barbero, Manuel Paniagua, Cuartero, y Jesús Esperón, de aires legendarios y caballerescos que en caso de dudas servirán para proclamar la naturaleza manchega de D. Quijote.

Gran tipo, especial carácter el de Antonio Moreno, muy relacionado con los Condes de cuya muletada era mayoral su padre y hablaba como de ser uno de tantos y sus aires no le desmentían ni por altura de miras ni por ademanes y rasgos de pundonor que se le pegaban muy bien. Hablaba mucho solo y hasta accionaba paseando por la puerta de su casa o yendo a alguna parte. Fumó siempre a lo pastor, unos tacos gordos hechos por él que insalivaba hasta la punta con su boca aguanosa.

Era, la de la fotografía, una mañana de verano de fuerte sol que inunda toda la calle, pero temprano, porque la luz, le entra por la taberna de Federico, según se deduce de las sombras que hacen las mulas.

Ya tiene la embocadura de la calle toda la anchura actual y están quitados los hitos, aunque se conservan los postes de la luz.



Todas las tiendas tienen su toldo de sombra y se ven con claridad, abajo y a la izquierda, las fachadas y tiendas de Castor el sastre y de la viuda de Boronat. Lo más evocador del cuadro y lo más demostrativo de su tiempo, es la galera que está parada entre los dos postes, aunque también lo son, el piso y los toldos mismos que sustituyeron a las cortinas.

Aquí había alguna que otra galera pero donde abundaban era en el Campo y en Herencia, por la necesidad que tenían de venir a la estación y a sus diversos asuntos en Alcázar, aparte de que les gustaba presumir de coche, sobre todo a los herencianos.

La que aparece en esta fotografía tiene todas las trazas de campesina y de ser guiada por su dueño, aunque era más corriente que el gañán unciera la yunta y llevara a los amos donde fuera menester, sobre todo yendo señoras, pero este que tiene aire de campesino, va solo y guía él, al estilo del Niño Bonito.

Eran muy señoriales, cómodas y confortables estas galeras que poseían todas las casas de más viso en cada localidad.

La forma en que se ha tomado la fotografía, achica la calle tanto que desde la sastrería de Castor hasta la esquina de Ortiz no se ve nada y de la acera de enfrente solo la esquina de Francisquillo el sillero. Y de la parte de arriba solo la casa de Pílez tiene algún detalle.

La calle aparece tan contraída como en el cuadro que se publicó en el libro primero. Las dos son sin embargo muy reales y entre ambas y las demás que figuran en esta obra, puede tener cualquiera una información exacta de la evolución que ha tenido esta calle, famosa en toda la comarca, a la que la socarronería alcazareña le puso mote expresivo y exacto, como suelen serlo siempre los motes, llamándola la calle del ROCE.

Claro que como pasa en todo, además de lo que se ve por fuera, la Castelar nos plantea otros muchos problemas que son la vida misma de Alcázar y su evolución en el curso de los años, manifiesta en su comercio tal vez más que en ninguna otra cosa, empezando porque la Castelar no era calle, sino camino, el de las huertas, que lo cortó la estación y después callejón. Siéndolo surgió lo de la estación que resultó la verdadera creadora de la Castelar, sin más razón que la de bajar por ella todo derecho hasta la plaza, pero su salida hacia el Cristo era tan estrecha que apenas podía pasar un carro, como que era una puerta, la de Villajos y como tal se conoció siempre, la puerta de Villajos, una de la de la Villa amurallada, como la de Cervera.

En la época que se pintó el cuadro que figura en el libro primero, la calle carecía de todo comercio y hasta había en ella una carretería, como en cualquiera de las de las afueras transitadas por labradores. Era la carretería de Demetrio Marchante, casado con la Zurranta que tenían unas chicas que llamaban la atención y una de ellas guapísima y flamencota se casó con el más chico del fondista de la estación, no se si Emilio o Ricardo. Tuve la suerte de conocerlos a todos, porque es una suerte haber conocido y tratado a personas tan admirables.

Detalle importante que concuerda con lo de la carretería y que corrobora la misión de calle de las afueras desempeñadas por la Castelar, es que en la salida de la puerta de Villajos, en el Cristo de hoy, que es el campo de entonces, había dos o tres fraguas. La de Fachano hasta que se murió, la de Villaescusa hasta que se cambió y una tercera de que se tiene sospecha y no se ha podido puntualizar, aunque no hace falta porque con lo dicho sobra porque todavía estamos algunos que conocimos cuanto se dice, y ello significa que por este camino de la puerta de Villajos les llegaba el trabajo a los Herreros y al carretero, como sucedió siempre en la puerta Cervera y en el Arenal y después en el Altozano aunque estos precedían a la puerta Cervera.

Era la época de "el buen paño en el arca se vende" y el comercio de Alcázar se desenvolvía dentro de las casas, con buenas rejas en las ventanas y barras en las puertas en lugar de escaparates.

En la Cruz Verde tenía un gran comercio de telas la Encarnación de Sierra cuya casa existe y visité con mi madre en su época y después infinitas veces mientras vivieron Luis y la Eusebia de Juanaco con la que me crié en la calle Ancha. Lo mismo me pasó con la Braulia y Alcolado en la Trinidad y con la Escobara, Concepción Angora, vecina de mi madre, que vendía trastos en su casa de la calle San Juan. Ninguna tienda de la Castelar superaba a éstas, pues las buenas estaban en las calles principales que lo eran la calle Resa, San Francisco y Ramón y Cajal de hoy.

La tienda de Eugenio Santos en la calle Resa era la más importante de la comarca y hasta los carteros, Quiterio, Juan el Carmelo, Antonio el de la Balbina y Bernardo el de los Estrellas, decían que todas las cartas que venían a Alcázar eran para él. Y precisamente

una de las galeras buenas que había en Alcázar era la suya con la que iba mucho a Consuegra, que era su pueblo y no precisamente a pasearse.

En esta misma calle estaban las lonjas de los Tapias, Ceferino y Juan José y la botica, allí vivía el Conde, los Aguileras, Don Joaquín ocupando una acera entera, Don Juan Guerras, Don Juan Castellanos, Girón, el Notario Don Trinidad y menestrales de fuste como Francisco Vaquero, Carabina, Fulgencio Barco, Diego Vaquero, etc. y en la calle de Ramón y Cajal la botica de Andújar, Marañón, las Baillas que cogían toda la manzana hasta Santa Quiteria y comerciantes y banqueros como Santiaguillo y el Sr. Bonifacio, de tanta confianza que el Ayuntamiento decidió llevarle sus fondos a Santiaguillo por considerarlos más seguros que en sus arcas.

Recuerdo que el Sr. Bonifacio que tenía puertas de entrada a su tienda por la Castelar y por la calle de la Marina, consideraba esta la principal y en ella hacía, por la parte de dentro, la exposición de las mantas y piezas de tela considerando como secundaria la puerta de la Castelar.

Cuando el Sr. Bonifacio estaba hablando con alguien y con mi padre miles de veces, se ponían detrás de la vidriera de la Castelar y dejaban la otra libre para que entrara la gente y se dirigiera al mostrador, detalle seguro que no falla de como se apreciaban las necesidades y se respetaba la tendencia del público.

Lo que abundaba en la Castelar eran las portadas de servicio de las casas principales y todavía hay alguna bien demostrativa al efecto.

No debe nadie extrañarse del aspecto rústico y solitario que ofrece la calle en estas reproducciones porque era el único que podía tener y el que le correspondía por su misión de callejuela de servidumbre y corriente la más caudalosa y sucia de sus aguas de lluvia.

Don Juan Guerras, que era dueño de todo el barrio de la estación, hizo su casa, con gran algibe, del que bebí no pocas veces, por ir a jugar con los hijos de su encargado, Ramiro el carpintero, que vivía con su taller en la casa de más arriba y se comunicaba por dentro con la casa principal, en la calle Resa y no en lo mejor sino en lo más cercano a sus propiedades, con lo fácil que le hubiera sido vivir en el Cristo o en cualquier parte del paseo, donde mediando mi padre, vendieron últimamente todas las casas de la acera de la izquierda a mil duros la pieza y la misma suya en ocho mil, pagándola con exageración.

Todo ello significa que las referidas demarcaciones carecían de categoría ciudadana y se valoraban en mucho menos que San Francisco o la Plaza, conceptos que ha subvertido la vida comercial de estos parajes elevados por gracia a un estado de admirable prosperidad.



SOMBRAJES ESTACIONARIOS

Este se lo debemos a doña Aurelia Carabaño.

En cualquier casilla o en cualquier caseta y aún sin haberlas, en la entrada de las estaciones o pegados a sus dependencias se ve un emparrado o enredadera a cuya sombra se hace un zurrilla o simplemente se habla dejando pasar el tiempo.

Aquí están con su gorra reglamentaria, dos de nuestros estacionistas más entrañables, Pepe Toribio y Vidal Quiralte, un par de ferroviarios no treneros, pero chapados a la antigua y satisfechos de su función, que el año 1934 les hicieron esta fotografía en un menderillo que había hacia la Cresta, que no recuerdo haberlo visto, y me choca que haya tantos montones de traviesas por ahí y también es raro no tenga su botijo para el agua, ornamento muy ferrocarrilero que antes se llevaba hasta en las garitas de los guarda-frenos.

Esperan, como el piloto mismo, la llegada de los cortes para formar el 201 que salía a cubre luz y mientras llegan toman el sol de la buena tarde invernal que va declinando paulatinamente, más o menos disconformes con las disposiciones de los mandos que no sabe nadie a que obedecen y con que fin las dan como no sea el de fastidiar, porque son irrealizables y hay que encogerse de hombros y dejarlas pasar.

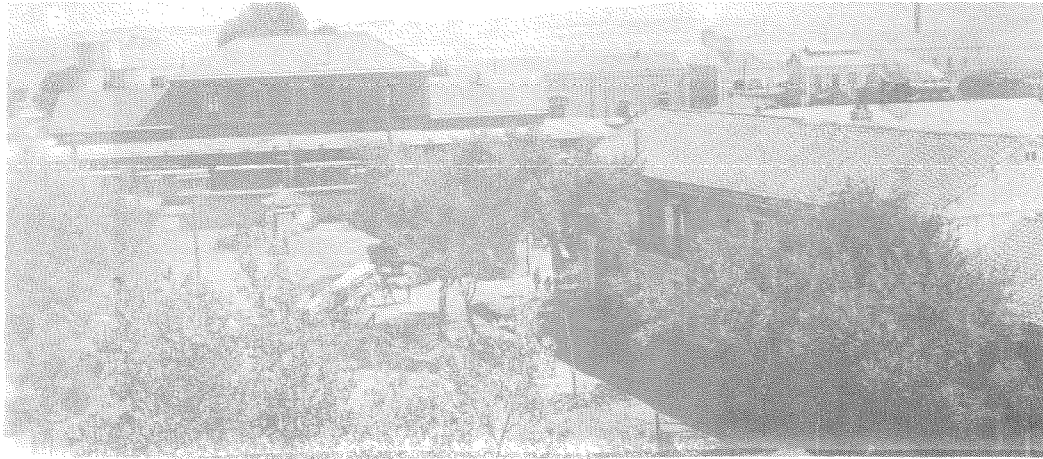
FOTOGRAFIA DIFICIL

De todas las fotografías que tenemos publicadas de la estación, ésta es la más difícil de interpretar para la gente de hoy, que son la mayoría, aunque no deje de ser evidente que se trata de la estación, vista desde donde está ahora el Bar del Jaro aproximadamente.

Al fondo, separando la estación del paseo, la cerca o media muralla divisoria, media de alta y media de gruesa, con un hueco utilizado como puerta en el ángulo de la izquierda y el resto amurallado hasta empalmar con la división del muelle. Es tal como quedó al cambiar la entrada desde la ca-

lle de la estación, rincón de los pellejeros, al paseo. A la derecha del hueco de entrada hay una caseta pequeña que es el fielato de los consumistas. A la izquierda está la garita del portero que por entonces lo era el cojo Talán. Después hubo otros cojos, pues era cargo reservado a los mutilados del servicio.

Al otro lado de la muralla hay un tren estacionado, probablemente en la vía cuarta o tal vez en la quinta, como decimos los de la estación. El edificio que se ve sobre la marquesina es la planta alta de la fonda, la cual y la parte baja del saliente de la



obra total, oculta la mayor parte del edificio de los talleres del depósito, de los que se ve la puerta de entrada, la de la fragua y la ventana de ésta.

El segundo edificio es el almacén y taller de calderería que tiene delante la máquina del baja ruedas y a su derecha el edificio de la luz eléctrica de la Compañía. A la izquierda de la imagen están muy visibles los tres depósitos del agua, en las inmundiciaciones de la cochera.

Al fondo de la fotografía se ven los molinos y el chimeneón de la fábrica de la luz con su edificio que protegía la caldera de vapor y la sala de máquinas de la fábrica, situada en una extensa zona de huertas de las más preciadas que llegaban al Cristo de Villajos antes de instalarse la estación. La caldera explotó un día y allí perdió la vida Alejete el hermano mayor de Pesetilla.

En el paseo propiamente dicho, en su unión con la estación, se ve la planta alta de la casa que hace esquina al muelle y la entrada de éste que la está tomando un carro cargado de tirantes. El estar entrando, el ser de dos mulas y el llevar madera, significa que iban a cargarla para fuera desde el almacén de Francisco Marchante por entonces recién instalado y que el carro era el de Cartagena porque ningún otro hubiera podido hacer ese servicio.

Alfonso Brunner, mozo de mi quinta,

que me ha ayudado a puntualizar los detalles de esta fotografía y de otras anteriores, me ha hecho recordar que a esta casa le decían la del fontanero. Y es verdad, pero no porque fuera suya sino por vivir en ella y por resonancia de ese nombre por entonces desconocido en Alcázar y que dimanaría de su cargo en la estación, como los de lampistero, semaforista, escusaera y otros nombres sin aplicación en el pueblo y por lo tanto sin ningún uso, que era lo que le daba singularidad y la palabra fontanero figuró como un mote especial en el vocabulario lugareño, como figuró el Ayudante (Villaplana), aunque este si tuvo la casa y la huerta de su propiedad y otros como el asentador, pero por entonces no recuerdo que hubiera mas hojalatero que Jesús el de la tía Balbina hasta que vino Bonis y después Notal.

Las demás casas que había entonces como la taberna de Perra y la de Maldonado quedan ocultas a este lado de la fotografía.

Al caer del tejado de la casa del fontanero hay un espacio blanquecino a la derecha de la estación y a la izquierda y fondo del muelle. Todo ese espacio hasta la casilla de Gorrolo era la playa, pero esto blanquecino corresponde al tejado del almacén del recorrido que cubrieron de planchas de uralita o algo parecido.



ESTAMPA EMOCIONANTE DIGNA DE CONSERVACION

Lo es la de este coche de viajeros con un departamento de primera, otro de segunda y dos de tercera, que iba en la cola del 180 que salía de aquí sobre las cuatro de la tarde hacia Santa Cruz y volvía a las 10 de la mañana con el número 179.

Eran coches de convivencia muy familiar en los que uno empezó a ir a Madrid. Este es el A-B-C, freno 35, como se ve en la fotografía.

Cuando la gente iba tanto al cerro y no digamos en los días de Santa Agueda y Santa Polonia, el tren pasaba a la hora de merendar y le pusieron el "merendón".

Esta estampa es de por el año 1924, de la época en que Cándido Meco vino de prácticas como soldado, según se le ve sentado y de uniforme el primero de la derecha.

En el grupo hay otros que se recuerdan. Lizano el capataz está en la ventani-

lla de la derecha, (El jacarero). Y en la izquierda Tapillas, el toma notas, Peinado, Labrador el lampistero, Montalvo el mozo y Antonio Sánchez, etc.

Aunque los departamentos iban en el mismo coche estaban comunicados entre sí y había que pasar por el estribo de uno a otro, como lo hacía el interventor para hacer la revisión en marcha.

En cada departamento metían dos caloríferos de metal llenos de agua caliente para poner los pies durante el viaje, sin dejar por eso de ir dando diente con diente.

Suprimido el tren "merendón" se acabó el coche, que lo desarmaron y tal vez no quede más recuerdo que esta fotografía que gracias a Meco pasa a la historia alcazareña con todos los honores y merecimientos.

Tantas idas y venidas

Hemos hablado mucho de las relaciones de Alcázar con Madrid y la influencia de la Villa y Corte sobre la Villa manchega, manifiesta desde el principio y anotada en sus virtudes y en sus vicios, tolerados y asimilados sin grandes alteraciones en el curso de los años, pero como el pez gordo se come al chico y para llenar Madrid hay que vaciar las provincias, nos absorberá totalmente y Alcázar ni corte ni cortijo, pero con todas las incomodidades de lo uno y de lo otro.

Parecía que el tren no hacía más que pasar por la Vega Ocaña con ese ruido suyo propio, característico, acelerado y dominante, que se extinguía -y se extingue- en los espacios encañonados por el desmonte de Piédrola, pero el labrador que lo escuchaba y se detenía para verlo correr hasta que lo perdía de vista y las mulas que aguzaban las orejas temerosas del estrépito, se quedaban melancólicos percibiendo el eco del extraño trajín.

A fuerza de verlo todos los días y que no volcaba a pesar de correr casi a treinta kilómetros por hora, le entraron ganas de subir al tren y de que lo llevara donde iba él. Y llegó a Madrid quedándose sorprendido de que allí todos los días era domingo y la gente estaba maja toda la semana.

El visitante corrió la voz y los demás no sólo iban sino que se quedaban, cambiando inexplicablemente la salubridad del campo por el cuchitril madrileño, incómodo y funesto, porque hay que ver los tísicos que cayeron allí y cuantos chicos soportaron el largo aprendizaje durmiendo en cuevas de

tiendas sobre fardos de mercancías o en rincones de pisos bajos, como perreras sin luz ni ventilación, lo cual no les impidió ser luego dueños de los más importantes establecimientos de Madrid, cosa que tal vez no hubieran conseguido sin ese sacrificio inicial que los modeló haciéndolos trabajadores, austeros y dignos, que serán siempre las cualidades de todo hombre de provecho.

He conocido a varios y ninguno ha dejado de reconocer la utilidad de aquellos principios que les obligaron a apretar para levantarse sin concesiones a la vagancia ni a la frivolidad, porque el que trabaja y no gasta reunirá lo necesario para su obra independiente y el que huelga y despilfarra siempre será esclavo, no de nadie, sino de su pereza, de su inconstancia y ligereza.

Por otra parte, la gente de los barrios bajos, que entonces pronunciaba Madriz, fluía por Alcázar como por el Puente Vallecas, totalmente como si estuviera en su casa y por si fuera poco, Alcázar recibía corriente no menos abundante de las tierras de Albacete llamadas del pijo y otra de Despeñaperros para acá, predominantemente de Santa Cruz de Mudela, segundo pueblo navajero de La Mancha.

De las tres vías que confluyen en Alcázar recibía la Villa continuo intercambio de personal y enseres y con gran satisfacción para que se encontraran como en su casa desde el primer día, identificándose con ellos y tomando muchos de los rasgos de la tierra de cada uno.

Estas corrientes trajeron a muchas per-

sonas de los pueblos inmediatos algunas de las cuales se implantaron definitivamente y desempeñaron funciones importantes, como Don Mariano Rico, Inspector principal de la estación y Peitaví, administrador de Correos, que eran de Tembleque y gastaron aquí su vida.

De la línea de Levante, los pueblos de la Roda, Almansa, La Gineta y hasta Chinchilla dieron un gran contingente, aunque de los demás pueblos del contorno, incluso los apartados del carril, nunca faltaban familias que contribuyeran a engrandecer la Villa, como cuantos desempeñaron cargos oficiales.

Esa heterogeneidad dió a la vida alcazareña sus rasgos distintivos de independencia, comprensión y tolerancia que la distinguen y que hacía decir a los campesinos cacicónes que con Alcázar no se podía contar para nada y que hacía lo que le daba la gana, lo que quería decir que votaba o no votaba al Conde según vinieran las cosas, pero el Eureka de la cuestión, como hubiera dicho Heliodoro, era la independencia que le daba a la gente la paga segura de la estación, cuyos organizadores no practicaron el proselitismo político, a pesar de tener en Alcázar instalaciones tan importante como la Bodega del Marqués y de tener éste relaciones amistosas con el Rey, cuyas cacerías en Mudela resuenan todavía y constituían en Alcázar un acontecimiento señalado y vistoso por el paso del tren Real y el movimiento de guardias y enseres a que daba lugar, tanto a la ida como a la vuelta, por ser ésta estación el punto clave del viaje en el aprovisionamiento y en la conducción del convoy que dieron a Estrella la conocida oportunidad de hablar con S. M. con su llaneza natural, pues nunca dejó el Rey de asomarse a la ventanilla mientras el tren estaba parado a recibir las aclamaciones de la

multitud que le vitoreaba y aplaudía con entusiasmo a los acordes de la Marcha Real. Aunque breve era siempre un momento de alegría general que solía celebrarse un par de veces al año que eran cuatro pasadas y daba lugar a un ajeteo considerable y en la estación andaba todo el mundo de cabeza a las órdenes de Don Mariano.

Que gentío había siempre en la estación, dando Alcázar ejemplo de su noble condición, pues no recuerdo que hubiera nunca ningún incidente desagradable estando el coche salón englobado y materialmente abrazado por las gentes y los chicos cogidos de la mano de nuestros padres más contentos que unas pascuas.

Aquellos estacionamientos del tren Real y el paso diario del Expres de Andalucía con su deslumbrante coche restaurant, daban ocasión a los alcazareños de ver el brillar de los personajes más o menos aristócratas en el momento solemne de la cena o del desayuno y muchas personas se daban el paseo solo por verlo y contemplar personajes más o menos famosos de los que hablar después, sobre todo políticos, toreros, cómicos o escritores. Le parecía a la gente que se codeaba con ellos y no cabe duda que algo se les pegaba porque los imitaban comentando su paso, haciendo cábalas sobre las motivaciones de sus viajes y ponderando sus vestimentas de etiqueta con arreglo a cada momento, porque el traje de campo o de deporte se reservaba únicamente para el momento preciso y aunque "fueran de gorra" los personajes vestían de levita y camisa almidonada con absoluta corrección.

En Madrid mismo era diario el cruzarse con los personajes y llevarlos al lado andando por la calle y yo de muchacho ví a Don Alberto Aguilera muchas veces que vivía en la calle de la Magdalena, un poco

más allá de Don Policarpo Lizcano y con Benavente me cruzaba a diario el tiempo que viví a la vuelta de su casa, pues aunque tuvieran coche de caballos, que eran elegantísimos, apenas lo usaban ni gastaban mucha tontería, con los grandísimos motivos que tenían para presumir, que también era una lección que daban a los demás.

Dice Romanones en una de las notas de su vida, maravillosa, que cuando iba despenado a punto de matarse, en pos de algún resultado electoral y veía a un labriego contra un ribazo a la salida de un pueblo, que él, antes de estar así, hubiera preferido morirse, pero ocurre que aquel pardillo, a

fuerza de ver ir y venir a los señores diputados, que dejaron de trabajar, se visten y alternan diciendo que trabajan para los demás, también le han entrado ganas de arreglarse un poco y representar algo, con lo que han dejado de oírse todos los ruidos que distinguen la vida del pueblo, el tintineo del martillo en el yunque del herrero, el rasponazo de la garlopa del carpintero, el traqueteo del carro del gañan, etc., cuyos ruidos han sido sustituidos por los altavoces de la radio y los discos de canciones negroides. Todo lo clásico y bello ha caducado y la gente grita y vocifera sin cesar. Menuda diferencia.

SUCEDIDOS

El tío Francho llevaba de fogonero a Sabitas, dos personas muy representativas de la manga ancha con que se vivía en el paseo y en la estación, a la cual debía Sabitas una estimación superior a sus cualidades.

Se cuenta que Francho se encorajinaba mucho con las torpezas de Sabitas y cuando la exaltación era excesiva, se quitaba la gorra se tapaba la cara y soltaba sobre la gorra infinidad de triscos e invocaciones a todos los santos y cuando ya no podía más y la gorra estaba hasta los topes de improperios, la arrojaba a la caja de fuego estrujándola.

Era frecuente que los frailes pasearan por las tardes del buen tiempo, tanto en el pueblo como en las afueras.

Un día iban con el 180 y había dos franciscanos antes de la casilla de Mentirola y al llegar abrió los purgadores de los cilindros dando a los frailes un buen susto y rociándolos de vapor.

Pusieron la denuncia y Sabitas se descartó diciendo que no los había visto, porque como iban del color de la tierra...

Aportaciones de Alfonso Atienza

PACO CRUCETA

Ahora que nos han salido al paso tantos motivos de la vida de la Estación, del Paseo y del intercambio continuo con el viejo Madrid, vemos a Paco Cruceta como uno de los fogoneros más influidos por los modos madrileños y de los que más se identificaron con esa influencia, en lo que le ayudaron mucho sus condiciones personales.

Paco era un hombre bien plantado, cuidadoso, presumido, de pundonor y lo que es menester, como Julián el de la verbena. No debieron desentonar sus trazas por ningún rincón de Lavapiés, ni siquiera en la indumentaria que adoptó y le caía que ni pintada, la chaqueta ceñida, el pantalón abotinado, las botas relucientes, la boina encasquetada para no estropearse el peinado de su presunción, el madrileñísimo pañuelo blanco al cuello, holgado, ni suelto ni apretado que lo hubiera arrugado, tapándole la camisa, por lo general a medio anudar, a la corbata larga cogido con el chaleco o bien con nudo cuadrado y los picos remetidos hacia los sobacos. Era alto y derecho, un poco pinturero, de aire flamenco muy aparente para el toreo de salón. Seguro que no se pasearían por Embajadores muchos más apuestos que él cuando dejaban la máquina para subir a Madrid.

Aquellas incursiones de los treneros tenían en Alcázar una repercusión resonante y manifiesta en los descansos contando las peripecias de la Corte, enardecidos por las funciones de teatro del género chico que veían como aliciente de sus correrías ¡Qué tiempos y qué circunstancias tan felices los de la vida de Apolo, del Cómico, de Eslava...! En este y el Romea se cantaban las cosas más insinuantes y lascivas que enardecían a las gentes. Con qué regocijo y con qué confianza se vivía a la buena de Dios.

Cuando una tonadilla arraigaba en el alma popular se pasaban meses y meses oyéndola



He aquí a Paco Cruceta de mocete, cuando entró en la estación, todavía no cuajado, con su hermana Adela, a la que compraron esa mantilla con los primeros cuartejos, después mujer de Julio Conscience y madre de la Beni.

Aunque se le ve el aire, no había entrado tanto en Madrid como luego de fogonero y lleva corbata de plastón que puede que no gastara otra en su vida y cadena cruzada con chaleco de dos filas, en lugar de la larga que necesita todo maquinista para mirar la hora a distancia, a la luz de los faroles, sin tocarse el bolsillo con las manos de tizne, sino sacando el reloj tirando de la cadena colgante. El chaleco no le faltaba a nadie ni el de dos filas de botones a los más flamencos.

por todo Madrid, pero de viva voz, nada de aparatos, salvo los organillos o las orquestas callejeras de los ciegos.

Decía Gómez de la Serna en sus GREGUERIAS que el estilo madrileño se percibía claro oyendo aquello de:

—Oye, tú, que hay callos.

En el mismo estilo chulesco cantaba la Emilia Benito.

Tengo el novio más chulapo
que hay del Rastro a Chamberí
Y aunque a veces me da un lapo,
otra veces dice así:
Mira si yo te camelo,
que hasta dos reales daría
por un rizo de tu pelo,
que jamás lo vendería.

“Si seré chula señores
que cuando voy de verbena
en vez de ponerme flores,
me adorno con hierbabuena.
Y es que me ha dicho mi novio
ese gachó que camelo,
que no quiere verme flores,
en el pelo.”

Otra chulería de Paquita Escribano

Yo nací en la cabecera
y además de postinera,
soy de Cascorro vecina
y yo prefiero a una joya
un buen trago de Lozoya
porque es caldo de gallina,
de gallina.

Mi viejales que no puede con la edad,
me convida de lo bueno a lo mejor,
su vermut me abre las ganas de cenar,
de la forma más atroz.
Pero el otro que es castizo de verdad
Y
me prepara unos menuses que ya ya,
¡Quié que engorde el muy ladrón!

Canto más que las cigarras,
por la noche duermo en jarras,
y pa espumar los gabrieles
con mi mano alabastrina,
tengo siempre en la cocina
un manojito de claveles

“Envuelto en la manila
su cuerpecito,
a saludar a ustedes,
sale Chelito.
Yo no se si soy chula
ni postinera,
solo se que no hay uno
que no me quiera”.

“Madrid es el pueblo de los quereres,
de la alegría, de las verbenas,
donde es sabido que las mujeres,
con sus ojazos quitan las penas.

Igual la chula que la marquesa,
si en riña mata quien la enamora,
para salvarse se da ella presa,
que así se hace cuando se adora.

Porque en Madrid,
las mujeres del pueblo
suelen ser así”.

Predominan los aires sentimentales y románticos que infundían entusiasmo y sana alegría.

Por las puertas de todos los talleres de costura, obradores de plancha y por todas las ventanas de las cocinas, se oían de continuo las canciones de actualidad y las anteriores que habían logrado prender en las almas soñadoras, como la romanza del *Cabo Primero*.

“Yo quiero a un hombre con toda el alma
él es mi encanto y es mi ilusión,
por él tan solo pierdo la calma,
por él palpita mi corazón”.

Recordando su mirada
yo me siento transformada,
pues le creo junto a mí,
pero al ver que desvarío
en el alma siento frío
porque está lejos de aquí.
Procuro sus palabras olvidar
e intento sus recuerdos extinguir,
más no puedo lograrlo a mi pesar
y creo que he de amarle hasta morir.

Me llena su recuerdo de placer,
no estar siempre a su lado es mi dolor,
en vano es mi constante padecer,
la dicha solo existe en el amor.

Y las rosas y las flores
que antes eran mis amores
hoy me causan más dolor,
pues mi pecho no embellecen
y al mirarlas me parecen
sin aroma y sin color.

O aquello de las BRIBONAS

“Como los railitos del tren
son tu cariño y el mío,
porque el uno va a la verita del
otro
To seguío, to seguío”

¡Ay!, Paco que de aquello no queda nada. Y de Madrid muy poco. La vida la han estropeado del todo. ¡Que ignorancia!

A donde vais volando las ilusiones,
las ilusiones,
que nos dejáis sin vida, los corazones
los corazones.

Las calles del Amparo, de la Esgrima, de la Encomienda, del Calvario, que tanto sedujeron, son como cementerios viejos llenos de cruces carcomidas. Quédate con tu PUÑO DE ROSAS y Dios quiera que oigas eternamente a la Rosario y le puedas seguir ofreciendo, en medio de los campos, la casita blanca.

O lo de La ALEGRE TROMPETERIA

Tengo un jardín en mi casa
que es la mar de rebonito,
pero no hay quien me lo riegue
y lo tengo muy sequito”.

O lo que cantaba la Meyendía de EL
AMIGO MELQUIADES

“Anda ya, cogete de mi bracero
Vámonos no descargue aquí el nublaio
y dirán si nos pilla el aguacero,
Va, calao, va, calao, va, calao.

Tengo un novio cajista de imprenta
que vale más que pesa
porque es mu ilustraio,
y me dice al bailar unas cosas
que a Dios le vuelven loca
porque es mu resalao,
¡Ay! Cipriano, Cipriano, Cipriano
no bajas la mano
no seas exajerao.

Si no bailas con más comedimiento
al menor movimiento
te las ganao.

O lo de EL ARTE DE SER BONITA

que es sencillamente un modo,
hacer que nada se vea,
viéndose todo.

TOBOSO, el Conductor

De cuando Paco era chico y yo apenas jugaba todavía en la calle, había en la de la estación otras figuras ferroviarias de variadas características a cual más significativas: el Sr. Juan Núñez, Manjavacas, el Rus, Joaquín Camito, Enrique el estudiante etc., y del ramo del movimiento casos tan singulares y diferentes como Garzón, Cruceta, Carpo, el mayor de la Natalia la Moracha y este Toboso, oriundo de la Roda pero que se casó aquí con una hermana de Millán el alguacil, hermana de la de Antonio Vaquero el zapatero de la Plaza del Progreso, Isabel Raboso Vázquez.

Este Toboso, Diego Toboso Durán, es el padre de la Dolores que se casó con Lubián, el más chico de los plateros.

En el curso de la vida y a pesar de los zarandeos que nos da, no ha sufrido ningún eclipse en mí la simpatía y la cordialidad que me merecieron éstas familias desde mis primeros contactos con el mundo y no puedo ocultar mi emoción al ver este retrato de Toboso que está que ni pintado e impresiona por su pulcritud y elegancia que no eran corrientes en su gremio cuya gorra le denuncia claramente y aunque parece un capitán de navío refrescando en la cubierta se ve que en realidad está en la caja de una vía muerta paladeando un vaso de zurra con sus cortezas de limón, más chulo que un ocho, como decía aquel de los madriles.

No era tan alto como parece aunque su esbeltez le favorece, pero el pantalón abotinado, las botas de una pieza, la chaqueta ceñida y su cuidado general, denuncian el esmero de aquella mujer de su casa, diligente, repompuda pero fina, como mi madre y también su propio miramiento para conservarse limpio y correcto en toda ocasión. Necesariamente este hombre tiene que ser comedido en el hablar y en el accionar, como lo era en realidad, mirado y respetuoso para los demás, responsable de sus actos y cumplidor de sus deberes, ante todo, pues el ser haragán, implica desestimación propia y desconsideración para los ajenos y Diego Toboso era puntual y exacto como lo demanda la hoja de servicios.



Qué a punto se ve que estaba este zurrilla con el que parece brindar Toboso ¿Eh, señores?.

D. Antoliano, el médico de la Mota

Es el último desaparecido de los médicos de arraigo en la comarca.

Le atropelló un coche yendo por la calle. Ya le habían jubilado, pero para el médico antiguo las obligaciones llegan mucho más allá de la jubilación, como el recuerdo y el echarle de menos ante las necesidades familiares se extienden mucho más allá de la vida.

Por él y con él se hicieron algunos de los capítulos importantes de esta obra y por las obligaciones dichas dejaron de hacerse otros que nos esperaban pacientemente y que no se harán porque dependían de que los dos a un tiempo pudiéramos dedicarles el que necesitaban.

Su muerte, inesperada, brutal, me produjo tal impresión que le recuerdo constantemente con el mayor pesar y me veo con él en la plaza de los Hinojosos con la Basilia, la singular Alcaldesa de la Villa, estampa especial de esta obra como la de la Cantarería moteña.

Su recuerdo trae a mi memoria el de todos los médicos viejos de la comarca con los que más o menos he batallado toda la vida y a los cuales debo grandes enseñanzas y ejemplos magníficos de abnegación y sacrificio y de adaptación al medio que ahora, a posteriori, me satisface comprobar en las apreciaciones de sus propios convecinos y pacientes.

Casi todos eran nacidos en los pueblos en que gastaron su vida profesional, cosa patente en sus rasgos personales y en su carácter y llegaron a identificarse de tal forma con las personas y las cosas de sus lugares que no podían separarse y con el tiempo eran ellos el emblema y el símbolo de cada villa y se decía, en lugar del pueblo tal, el pueblo de fulano, o fulano, el médico de tal pueblo, que no variaban nunca, médico y pueblo el uno para el otro, más que juntos, unificados por el dolor y la desgracia que son siempre el momento y el motivo de buscar al médico a todas las horas del día y de la noche de todos los días del año.

Qué personalidades las de estos hombres que habremos de recordar siempre con veneración, forjados y curtidos en la brega continua contra la miseria orgánica. Que circunspección la suya, que prudencia, que aplomo y que sensatez para sobreponerse al desdén, sin darse por enterados, pasando sobre las flaquezas humanas para recibir el desengaño y la ingratitud después del fracaso constante en la lucha contra la muerte: Don Federico el de la Puebla, don Paco el de Pedro Muñoz, don Emilio el de Herencia, don Enrique el de Villafranca, don Magdaleno el de Alcázar, don Julián el de Villarta, Cenjor en Criptana, don Fermín en Tomelloso, don Gabriel en Quero y muchos más aunque menos significados en cada lugar.

Antoliano era un hombre reflexivo que todavía lo parecía más por sus dificultades de pies y de ojos, pero en realidad era un manchegote, mezcla de Quijote y de Sancho,

idealista en suma, al que el ejercicio clínico había hecho muy observador y su afición le había dado un pulimento histórico-literario cuya cita tenía siempre a punto para recreo, ilustración y norma de sus contertulios.

Tocaba la guitarra, como nuestro don Manuel Manzanique. No se si mejor o peor porque aunque con los dos hablé del asunto no tuve oportunidad de oír a ninguno, pero esa afición y la constante invocación de los clásicos, quiere decir lo poco callejeros que eran aunque se pasaran tanto tiempo en la calle y la necesidad íntima que tenían de apartarse de las murmuraciones, guareciéndose en el remanso de la soledad hogareña auscultando las motivaciones históricas que tanto consuelan al hombre que sufre con las flaquezas de la humanidad.

Todos los médicos citados y cuantos he conocido que hayan trabajado, han sido grandes solitarios y tanto más cuanto más acreditados. Sus contactos con el mundo, muchas veces absorbentes sin tiempo de respirar, han sido exclusivamente profesionales, pero como al médico se le producen molestias constantemente, y puede verse en trance de quedar mal o cometer indiscreciones, rehuye los tratos vulgares y las conversaciones profanas y se encastilla en su soledad, evadiéndose de sus pesares con sus pinceles, con su guitarra o con su pluma, pues también hacía versos y aunque trocara la mirada y se parara para hablar, se le notaba iluminada la mente y levantando el corazón al recitarlos o rememorar composiciones de su predilección.

Era un fumador clásico y más bien literario que parecía tomar el tabaco más que como alucinógeno como motivo o pretexto para manipular algo y agilizar la mente al ejercitar las manos. El hacer el cigarro despacio y encenderlo o no, darle vueltas chupando de tarde en tarde, era como echar la bandera en la fiesta anunciando que la procesión venía detrás. Se hacía el cigarro con esa calma moteña que es como la tomellosera, de darle a las cosas su tiempo y un poco más. Mientras liaba el pito le daba vueltas a los pensamientos y los iba soltando a la vez que apretaba el papel contra el tabaco sin mucho lucimiento ni habilidad porque el pito salía siempre con panzas y jorobas, pero él seguía hablando de Quevedo o de Jorge Manrique y encendía en la mecha o en la cerilla que le acercaban los que le escuchaban disfrutando de su erudición y haciéndose cargo de su falta de soltura.

Contra lo que aparentaba era propicio al entusiasmo y en la manera de manifestar su sentimiento, que era sincero y profundo, se veía el excepticismo del médico viejo y la cautela del clínico experimentado para sortear las ambigüedades de si el perro está rabioso o no lo puede estar.

La Mota es un pueblo de muy buena gente, comprensiva, tolerante y acogedora. Antoliano no negaba ninguna de esas cualidades y otras varias sobresalientes. En su compañía entré en muchas casas y juntos procuramos aliviar los sufrimientos del prójimo y pensábamos, cuando fuéramos más viejos, hacer algo que contribuyera al conocimiento y al engrandecimiento de nuestra tierra. ¡A ver si hay quien diga, conociéndonos, que esto no era tener ilusiones!

Cambios médicos

Algunas veces hemos aludido de pasada a los cambios de conducta de los médicos con los enfermos en los últimos tiempos y el poco uso que hacen de sus dotes personales en las observaciones. Solo con ver lo que preguntan y lo que esperan se nota el poco fruto de su observación.

La medicina ha ofrecido grandes alternativas recientes que no es ocioso referir como enseñanza, desde cuando el médico era más filósofo que clínico, cuando no disponía de ningún recurso exploratorio más que sus sentidos y ahora que sólo se vale de aparatos e incluso en las Facultades se va dejando de hacer clínica.

Recuerdo a este respecto una anécdota que oí referir a don José Goyanes en su época de cirujano heroico, contándosela a don Francisco Viguera en su antequirófano del Hospital General.

Eran condiscípulos, del curso de nuestro don Román Olivares y se trataban con mucha confianza, pero Goyanes era el jefe de servicio y Viguera su ayudante y cuando Goyanes, que subía todos los días como un globo, se fué a lo del cáncer, Viguera se quedó allí de jefe aunque no tenía ni mucho menos las dotes de don José, pero sí mucha más llaneza y sencillez.

Pues bien, Goyanes había realizado un viaje por los campos de Extremadura y lo buscaron para celebrar una consulta en un cortijo con varios médicos famosos de la comarca sobre un enfermo grave.

Era costumbre entonces y lo ha sido hasta hace poco, como primer trámite de la consulta, reunirse los facultativos para que el médico o los médicos de asistencia explicaran al consultado la situación del paciente y sus apreciaciones, por lo general en presencia de los familiares más caracterizados y en trances no siempre gratos.

En la ocasión referida, los médicos de asistencia se embarcaron uno tras otro en una *exposición filosófico-clínica de varias horas de duración que llegaron a confundir a Goyanes* y acabaron con su paciencia, haciéndole decir:

—Bueno, señores ¿Les parece a ustedes que antes de seguir hablando veamos al enfermo?.

Al momento se apreció que el enfermo tenía un empiema del que empezó a mejorar en el acto gracias a su bisturí con gran sorpresa de todos que se habían pasado semanas con elucubraciones filosóficas, teniéndole el pulso, mirándole a la cara pero sin explorarle debidamente.

Por la misma época y las inmediatas anteriores y posteriores, el buen clínico era un lince arrancándole al enfermo detalles de su estado con una finura increíble para puntualizar lesiones y limitarlas con sus propios recursos personales, sin ningún aparato auxiliar, como se contaba de Madinaveitia que percutiendo y auscultando, limitaba de tal forma las cavernas pulmonares que después en la autopsia no variaban ni un milímetro y no digamos observando el pulso, la tos o la ronquera que distinguían tantos matices y los

relacionaban con tantas causas y consecuencias que era imposible seguirles.

Un médico joven al que hay que mencionar por las esperanzas que despierta, el Dr. Juan Benezet Peñaranda, muy campesino él, me ha traído unos libros antiguos que guardaban sus antepasados y el que los recoja en lugar de tirarlos ya dice bastante de sus méritos y cuidados y de los frutos que puede ir dando.

Uno de esos libritos en octavo trata de las enfermedades del pecho y empieza por el estudio de la ronquera. No hay que reirse ni extrañar las minuciosidades de los autores para puntualizar las observaciones, aunque el oficio solo se aprende machacando y los sentidos solo se educan adiestrándolos mediante pruebas reiteradas, si bien a pesar de todo, debemos reconocer humildemente que siempre se sigue recordando el caso y la persona que se prestaron a confusión o nos dejaron el amargo sabor de la duda.

Sin vanidad pero con verdad de no considerarnos inútiles como me decía un día nuestro Don Saturnino Martínez, podríamos ampliar un poco la exposición de la ronquera en el librito del joven Dr. Benezet, diciendo lo difícil que resultaba diferenciar a oído la ronquera del sifilítico, tan frecuente entonces, de la del tuberculoso, no menos frecuente, de la del canceroso o el catarroso o el garrotillo que el médico avezado diagnosticaba desde la puerta, como al pulmoniacó o al del cuerpo extraño.

Marañón que le tocó vivir y aprender medicina en el momento de los cambios más importantes, habla de los clínicos con una admiración y con un conocimiento que solo puede comprender la gente de su época que se haya encontrado en ese entronque que todavía influye en las generaciones que le seguimos.

Don Gregorio destaca de su tiempo los dos maestros que más influyeron en la enseñanza de la medicina y que dieron lugar a las generaciones de médicos de fama universal, como la suya misma, Medinaveitia y Sañudo, de la escuela francesa este y de la alemana don Juan, con una firmeza a machamartillo resultando el diagnóstico sobre una pirámide de síntomas contrastados y repasados luego sobre el cadáver en sentido inverso, porque las lesiones hay que suponerlas, deducirlas, justificarlas, verlas y si se puede comprobarlas y razonarlas, pues un solo caso bien observado, vale y enseña más que miles menos considerados.

De otros maestros, porque el Hospital General fue un venero inagotable de eminencias médicas, Codina, Huertas, Espina, Hergueta, Giol, etc., que se codeaba sin desdoro con las de la facultad, habla don Gregorio con su fina sensibilidad y con motivo del fallecimiento de don Francisco Huertas, pondera como es de justicia, en la Real Academia las cualidades sobresalientes que distinguían a estos hombres, su laboriosidad y su sentido del deber.

Si hubiera la desgracia de que todavía se produjeran los cuadros clínicos de la época pre-antibiótica y sin saber manejar el laringoscopio, veríamos lo que pasaba con las apreciaciones acústicas para distinguir las ronqueras, confundibles muchas veces por si mismas, si no se atiende el cuadro general del paciente, solo cogiéndole el pulso, mirándole a la cara y oyendo las contestaciones para deducir la clase de ronquera y su posible causa para tratarla. Hay que suponer las veces que se repetiría el incidente aquel de Pincha uvas (Don Ramón Jiménez) que hablaba de la arteria aorta como de la arteria mas grande del mundo y le decía a Herreros, su auxiliar, cuando se trataba de distribuir algo en la sala:

—Multiplica tú Dionisio, que yo no tengo la cabeza para esas cosas.

Pues bien, estoy en que Don Dionisio tendría que multiplicar mucho y multiplicarse él para atender y catalogar las disonancias laríngeas que se produjeran, mientras que los autómatas mirasen estupefactos los registros mudos de las máquinas electrónicas.

Don Ramón era catedrático de operaciones y estoy en que era herenciano, como Carrasco Alcalde cuyo nombre dieron a la calle de la Zanja del vecino y querido pueblo.

Cuando la vida era grata, de buen gusto y mejor humor, se produjo aquello del RUIDO DE CAMPANAS y a Don Ramón le cantaban los estudiantes:

“Y un sarcoma diagnóstica,
y luego sale una chica,
de tamaño natural.”

Lo de llamarle Pincha uvas era porque al explicar decía que la anatomía se podía estudiar hasta en la mesa del comedor como hacía él, que diseccionaba los alimentos, como era verdad y de hecho su dominio era tan extraordinario que muchas veces, después de preparado todo, al coger el bisturí preguntaba la hora para saber lo que tardaba en cualquier operación corriente y a los diez minutos operación terminada con toda corrección. Era importante esto por los efectos de las anestésicas y Cardenal se mandaba poner las apendicitis o las hernias en filas de doce, entre buenas y malas, para una hora, que tampoco fallaba ni alargaba las aplicaciones de la mascarilla.

Y en cuanto a las sorpresas de las ronqueras, me place recordar lo sucedido con Sánchez Pizjuán, maestro sevillano de muchas campanillas y mayor prestancia, pero que se equivocaba en los diagnósticos con demasiada frecuencia y un día, oyendo desde la consulta la voz de un enfermo que hablaba en la sala de espera, dijo con asombro de todos, como un fogonazo propio de la mente andaluza que de repente lo ilumina todo:

—Aneurisma de la arteria aorta.

Y fue verdad.

SUCEDIDOS

Malaco el pastor —Bernardo Olivares Sánchez— aquel que vivía por los atrasares de la fábrica del Salitre, tenía una hija sirviendo en Madrid y al mucho tiempo le entraron ganas de ir a verla pero no tenía los seis reales que costaba el tren y se hizo el gorro y cogió un saquete y la garrota y se puso en camino, de Alcázar a Quero, de Quero a Villacañas y hasta Madrid en el coche Canillas.

Estuvo unos días con la chica y desanduvo el camino por los mismos pasos y hablando del viaje con Churrín, le decía:

—Ya ves, he vuelto con cinco reales en el bolsillo.

Churrín, que era un rescuña, saltó enseguida.

—Habrás ido pidiendo.

—Toma no, ¡iba a ir dando! —le replicó Malaco.

(Extraído a tientas de la memoria de Don Julio Maroto que es una corambre sin fondo).

TODOS UN PROGRAMA

Cuánto me agrada y cuántas cosas recordará a muchos este programa de toros del primer año del siglo actual -15 de Agosto de 1900- que debemos al espíritu cuidadoso de Julio Maroto Escudero en la aportación y en la conservación de Román Cano.

Ante él y ante los publicados en el libro anterior, debe lamentarse una vez más, no haber podido aprovechar el archivo de Gaspar Santos que guardaba cuanto se había publicado en Alcázar durante toda su vida. Y cuenta que ese tiempo fue el de mayor actividad literaria de todas las épocas y que ellos, Lescorboura, Antonio el Maestrín y él, los tres figurantes en este programa, fueron los que hicieron LA ILUSTRACION MANCHEGA.

Este programa será para todos los conocedores del personal, como una corriente de alegría hacia la plaza al son de los cascabeles y campanillos agitados al trotar de las mulillas. Veamos que hermosura de recuerdos, aunque no se puedan saborear bien sin haber paladeado aquel ambiente de tranquilidad y confianza completas. Y en esa fecha también de zozobra general, pero zozobra inclinada al optimismo y a la diversión, por los infinitos presagios que se habían hecho sobre el fin del mundo al empezar el nuevo siglo, que no se cumplieron, pero la verdad es que el nuevo no ha mejorado con sus adelantos ninguna de las cualidades de aquel vivir romántico.

Es muy difícil identificar a todas las personas que figuran en el programa porque no a todas se conocieron igualmente y algunas ni de oídas y los escasos amigos a quienes se puede consultar se encuentran en las mismas circunstancias. Sin embargo, la satisfacción de todos es grande al re-

memorar estas efemérides y por lo que a mí concierne hago todo lo que puedo para que los jóvenes se puedan dar cuenta de quien es cada uno.

El Centro Instructivo de trabajadores a cuyo beneficio se organizó el festival, estuvo instalado donde ahora está el Colegio de la Sagrada Familia, mucho antes de hacer la casa Don Oliverio. Fue obra de los republicanos pero estoy en que la idea y su gestación sería cosa de Don Juan de Dios Raboso, por entonces teniente alcalde y Diputado provincial de Madrid y organizador de centros similares en los distritos de la Villa y Corte y yo le ví presidiendo el del distrito del Hospital.

De las cuatro chicas que presidieron la corrida no recuerdo a ninguna solo la de Mantilla se conoce por el apellido, que vivían donde se instaló después el motor de Alfredo.

Los caballistas que hicieron el despejo de plaza son muy conocidos de todos.

De los matadores. Feito es el marmolista. Antonio Moreno, es Frasco, segundo hijo del muletero del Conde y padre de todos los Frascos que se han conocido últimamente, pero el otro matador, Manuel Esteban no le recordamos nadie.

De los banderilleros, el primero, Enrique Martínez, que también figura de sobresaliente de espada, es el Estudiante. Podía haberlo sido el Perrito que también se llamaba así y era muy flamenco, pero no lo creo. Nicolás Cenjor es uno de los de las Boronat que vivían junto a Don Magdaleno en la calle de la Trinidad, las campesinas Cenjoras. Alfonso Granados no se le recuerda. Telesforo es el del café del paseo donde se hizo la fonda. Mantilla es de la misma familia de

Plaza de Toros de Alcázar

Con festival a beneficio del "Centro Instructivo de Trabajadores" de esta Ciudad

Con superior permiso y si el tiempo lo permite, se celebrará en la Plaza de toros de esta ciudad

EL DÍA 13 DE AGOSTO DE 1900

un magnífico y brillante espectáculo, por el orden siguiente:

1.º El espectáculo será presidido por las socias de mérito de este Circulo, las distinguidas y bellas señoritas *Elvira Martínez M. de los Dolores Mantilla, y Enriqueta y Obdulia Rivas* quienes regalarán las moñas de lujo que luciran los becerrros.

2.º El despojo de los toros correrá a cargo de los simpáticos caballistas *D. Constantino Cordero y D. Antonio Castellano Alvarez.*

3.º Se lidiarán TRES becerrros de la acreditada ganadería de *D. Jorge Martínez, resino de Albacete*, con divisa anaranjada blanca, por las cuadrillas que capitanean los simpáticos y valientes e intrepidos aficionados de esta población, *Manuel Feito, Antonio Moreno y Manuel Esteban.*

ESPADAS

*Manuel Feito, Antonio Moreno
y Manuel Esteban*

BANDERILLEROS

Enrique Martínez, Nicolás Cenjor, Alfonso Granados, Cesario López, Emilio Mantilla, Sèrbulo Carreño, Jesús Pozo, Antonio Castellanos, Juan Manuel Gómez, Jesús López.

PUNTEROS: *Emilio Ortega y Antonio Ortega.*

SOBRESALIENTE DE ESPADA: *Enrique Martínez.*

4.º La lidia será dirigida por el inteligente, aplaudido y simpático *Antonio Casas.*

5.º Terminada la corrida se correrán cintas en bicicletas, bajo la dirección de los simpáticos y conocidos ciclistas de esta localidad *D. Julio Escarvardi y D. Gaspar Santos.*

La corrida empezará á las CUATRO Y MEDIA
y las puertas de la plaza se abrirán á las tres.
Estando á cargo de estas personas caracterizadas del Círculo

La banda municipal de esta localidad amenizará el espectáculo tocando
las mejores piezas de su repertorio

Las moñas de los beceros se subastarán en el domicilio
cual al día siguiente de la corrida, á las 9 de la noche.

Se mantendrán en todo su vigor las disposiciones vigentes para estos espectáculos.
Que no se lidiarán más toros que los anunciados y si alguno se inutilizara no se
reemplazado por otro. Que está prohibido arrojar al redondel objetos que puedan
judicial á los lidiadores ó entorpecer la lidia. Que nadie podrá estar entre barreras sin
los precios operarios ni bajar al redondel hasta que esté enganchado al tiro de mulas
el último de los tres novillos. Si después de comenzada la corrida se suspende
por cualquier causa, se dará por terminada y el público no tendrá derecho á ninguna
reclamación.

Se previene guardarse al público las consideraciones á quienes
no los lidiadores y en estas no les lleva otro interés que allegar
fondos con su trabajo para regeneradora obra que dicho Círculo
se propone.

En la Plaza de la Fuente. Platería de Manuel Muñoz queda
rán expuestas al público desde el día 10 las moñas y banderilla
de lujo.

El inteligente y simpático D. Juan Leonardo Gómez se ha
ofrecido á hacer una estensa revista de la corrida que se publica
rá en los periódicos de la provincia.

Precios de las localidades

Entrada de palco.	1.00 peseta
Barrera en sombra.	1.00 >
Entrada de ídem.	0.75 >
Id. de ídem.	0.50 >
Medio M. de ídem para niños.	0.25 >
Id. id. sombra ídem ídem.	0.40 >

El impuesto del timbre es á cargo del público.

la chica de las moñas. Sérvulo Carreño es el
padre de la Emelina. Jesús Pozo es uno de
los de la Jabonería de la calle de la Marina
esquina a la de la Trinidad, una de cuyas
hermanas se casó con Medicina. Antonio
Castellanos es el Maestrín, Juan Gómez y
Jesús López no se les recuerda.

De los puntilleros, Emilio Ortega es
Emiliete pero Antonio Ortega no se ha po-
dido identificar.

El director de la lidia lo es Casitas.
De los ciclistas, Julio Lescorbourea es el
de la fonda, completamente alcazareñado
y Gaspar Santos el hijo mayor de Eugenio.

No es mucho el trabajo que se deja a los
curiosos para identificar a los desconocidos
pero si les sirve de entretenimiento se dará
todo por bien empleado y se dispondrá de
otro buen motivo para reconstruir el vivir
alcazareño.

Ramillete fotográfico

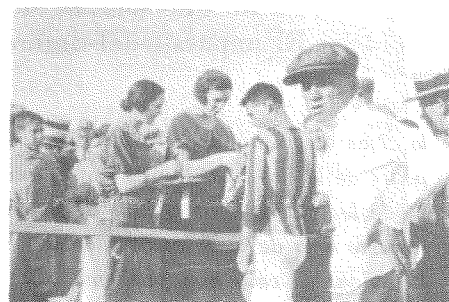
Gracias a la amabilidad, generoso espíritu e interés alcazareño de Doña Pilar Echevarría, podemos incluir en la obra, estas fotografías que representan diferentes momentos de la vida local, características de sus modos y maneras de antes de la guerra, como se dice ahora cuando se quiere hacer referencia a lo bueno. Ninguna de ellas excluye ni contradice el espíritu imitativo hacia todo lo de Madrid y tratándose de festejos hasta el máximun, caracterizándose en toda regla como profesionales de verdad, según se ve en estos toreros que actuaron el mes de Agosto del año 1920, que aunque dijeron que lo harían a puerta cerrada, luego entró todo el mundo y ellos pudieron lucirse a satisfacción, que en el fondo era lo que querían, porque por algo se vistieron de luces. Y, claro, no lo iban a hacer solo para retratarse, como pensaban los socarrones.



Por si alguien no los conoce diremos que son de izquierda a derecha Jonás Ugena, Hermilio Echevarría, Isidro Barbero y Victoriano Romero, que después de un brillante despeje de Plaza por el ágil caballista Teodoro Achúcarro, mataron brillantemente su toro, cada uno, sin que pasara ninguno vivo a los corrales como hubieran deseado los envidiosos.



Estas otras estampas corresponden al primer partido de futbol jugado en el campo de la bodega de Echevarría y aquí está su hija, Pilar, impulsando la pelota como momento inicial de la inauguración, con menos bríos y mucho mas comedimiento del que se podría esperar, porque nunca es tan fiero el león como lo pintan.



Este es el instante final del encuentro en que la misma reina pone la medalla a los triunfadores en medio de una ovación entusiasta.



No era posible que una fiesta que tanto ruido daba en Madrid como la de la flor, no tuviera en Alcázar alguna representación y la tuvo bastante lucida aunque por una sola vez. Las señoras se pusieron de tiros largos con ese fin y el día 17 de Junio de 1923, se lucieron con la esplendidez que se puede apreciar en esa mesa petitoria y en la pareja de postulantes.

El grupo de la mesa está formado de izquierda a derecha, por la Antoñita de Gabriel Mata, con todo lo que se quiera de alegría y gracia cascabelera, Pepita Carrero, una de las chicas de Julio, Teresa Cordero, Isabel Sánchez, mujer de Julio Carrero, Doña Encarnación Patón, esposa del Escribano Judicial Don Patrocinio Corrales, Isabel Manzaneque, casada con Jesús Ruiz, del mismo humor que la Antoñita, Rosa Barrilero, la chica de Blas, Elia Raboso, la chica de Pedro, y Consuelo Carreño la chica de Ricardo. La niña de la izquierda, tan ensombreada es la pequeña de Carrero que sobresalía de la media docena de chicas y chicos y fue la séptima, Julia.



La pareja de postulantes son María Gracia Cenjor y Pilar Echevarría.



He aquí otro grupo que no tiene que ver nada con la fiesta de la flor pero que todos están criando flores: Monedero, Manolo Saiz, Celia Saiz, Ismael Payá, Amador Vaquero y Federico Echevarría, que no se por qué se harían este grupo allá por el año 1920 también.

SUCEDIDOS

Jesús Requena, Jesús el Mayo, Julián el de la Amalia y Manuel el de los Osos, fueron un día a Madrid.

Subían por la calle Atocha asombrados de lo que penaban los carros para subir la cuesta cargados de pellejos de vino, de leña, de fardos o de sacos de harina. Ninguno subía derecho, sino haciendo eses para afianzarse en los cantos y teniendo que calzar las ruedas en los descansos para no recular.

Al ver de subir tantos carros expresaron su extrañeza de no ver ninguna portada en las casas para encerrarlos y se preguntaban que donde los entrarían.

Estaban de trato en el Arenal, al sol de la esquina de la Amalia, el hermano Tomás Borrego y Bartolo el Cuco, ante Félix Malagueña, Diego el Galgo, el tío Marcelo Vaquero y otros contentulios del contorno, Verruga, el Vencejo, Segovia el barbero, el Rulo el carpintero etc.

Se ponderaba la tierra por lo que tenía y por lo que no tenía, alabándola excesivamente y dice el hermano Borrego:

—No siento que me engañes con lo que me dices, lo que siento es que creas que me estás engañando.

Aportaciones de Alfonso Atienza

Calles de Alcázar

Siempre es oportuno hablar de las calles y para mí de lo más agradable, aunque no sirva para nada, por eso lo he hecho tantas veces y lo que te rondará morena, porque no comprendo que a la gente le suene lo mismo una cosa que otra.

Hoy he tenido que escribir el nombre de la plazuela de la policía, digámoslo de forma que se entienda, y he escrito "placeta Albertos", porque eso no se ha llamado nunca plaza, sino placeta, porque lo es, en diminutivo, primero de Albertos, después del Progreso y en ese tiempo ya se la conocía también por la de Olivares, por vivir allí Don Román.

Y para que veamos lo que son las cosas, en las misma placeta hay otra casa más ostentosa que la de Olivares, propiedad que fue de otro médico de cierta fama y sin embargo nunca aplicaron su nombre a la placeta.

La placeta estaba formada en realidad por cuatro casas grandes, a cual más característica, la de Olivares, la de Carrero, el horno de la Filomena de hacer tortas y magdalenas y la del tuerto Peño, casa grande, hermosa, de líneas netamente manchegas, patio de columnas de piedra, portada de clavos grandes y puertas de cuadradillos, con rejas de forja alcazareña que fue una lástima que se perdiera. Antes de hacer esas casas de lujo y extrañas, la placeta era un monumento, con los mejores gomaeros de Alcázar, porque todo el barro era barrioso -arcilla pura- y siempre estaba aquello lleno de chicos en la época

que la Teresona jugaba con nosotros y nos podía a todos.

En el mismo caso se encuentran otros rincones de la Villa que deben conservarse o restaurarse en su denominación propia, por ejemplo la Cruz del Tolmo, tal como suena, el Cristo del Amparo, las placetas de las Almireces y la de las Medallas, la placeta de Santa María y la glorieta de Santa Quiteria, el pretil de los frailes, la placeta de la Justa y la de Almendros y la de San José, antigua glorieta del convento de su nombre, el Arenal y el Santo, sin más aditamentos, la Cruz Verde que no es rondilla y la separa precisamente de ella el Arenal. Otros tuvieron la idea de clasificarlos como la Cruz en sí misma y como subida a la Cruz Verde, que era más propio y los que vivían allí lo decían claramente:

—Vivo en la subida o vivo en la Cruz, que antes era distinguida por lo vecinos como la Cruz propiamente dicha, sin más aclaraciones. Y precisamente la vecindad de la Cruz y de la subida era de las que no ofrecen dudas de alcazareñismo, empezando por Estrella y su hermano Gregorio, Luis Sierra, Jesús Lucas y Jesús el de la carne, el Cojo Cortés, Polonio Pellás, el tío Julianete, el tío Tocinillo, el tío Juanillo Alameda, Julián Talega y Julián el carretero, Raspilla y la Moya, Victoriano el Viejo, Oliva el barbero y la Peluza, la tía Montalva y otros como el Perriro, Perico Saludador etc.

Recuerdo ahora que en la Mota hay un

rincón al que llaman El Verdinal, ni plaza ni plazuela ni placeta y está muy propiamente expresado, como nuestro Arenal, aunque también tiene su Cruz Verde, pues es un nombre bastante corriente hasta en Madrid que es uno de los rincones más pintorescos y menos conocido por pillar un poco a trasmano de las comunicaciones alcazareñas, frente a la Plaza de la Paja, en la calle de Segovia.

En cambio hay nombres a los que dice muy bien la calificación, como en los Miradores de Criptana de Miguel Esteban, nombre precioso, entre otros varios que tiene dicho pueblo.

Ahora que están arreglando otra vez el Arenal y por lo que me dicen no será la última, podían corregir estas faltas o sobras. Creo que nadie ha conocido el Arenal como Estrella, porque luchó toda la vida con sus inconvenientes y dificultades y además, su juicio y su voz eran los de todas las tertulias del recinto y sin embargo se equivocó, como pasa siempre que lo que se hace no está adaptado a su función fundamental y se le quiere dedicar a aquello para lo que no sirve. Este no es un pueblo de avenidas, no estamos en América del Norte, afortunadamente, porque lo que nos llega de allí, como los rascacielos y las películas, maldito la falta que nos hacen. Aquí no hay más avenidas que las del agua cuando dice a caer y desgraciado del que tapa los alboyones. Hay que contar con ello y es mejor que se vea y que pueda correr con desahogo.

La reforma de Estrella se vió con la mayor simpatía y se recibió en el barrio al inaugurarla y en el pueblo entero, con una alegría equiparable a la de un buen día de S. Sebastián, porque era buen tiempo e hizo un sol espléndido. La Música no dejó de tocar en toda la tarde

alegrando al gentío enorme que llenaba toda la plaza y las calles de alrededor, reconfortándose en los grandes tinos de zurra que pusieron a la entrada de la glorieta donde el propio Eulogio, Casimiro el Calero, Lázaro Lagos, Los Malagueñas, Luis Sierra, Pirralda y otros muchos incondicionales del Alcalde amigo, obsequiaban, personalmente a cuantos iban llegando.

Fue un día de gran algazara y redondo, seguramente el más completo que haya tenido el barrio, pero el tiempo, gran desfacedor de entuertos, se encargó de demostrar que aquello, como una feria más alcazareña, quedaría en voces y pasaeras, esas pasaeras que son lo permanente y lo fijo después de todos los voceríos.

El Arenal se llamaba así porque lo era, porque en él se acumulaban las arenas que arrastraban las aguas de los cerros circundantes, erosión tan profunda como puede verse aunque lo quieran tapar -y querer no es conseguir- en las lonchas donde se sentaba el molino del aceite de Tizonas hasta dar la vuelta a la calle Machero por delante de las casas de Virgencita y las Repretás, de dos metros de alto, siguiendo por la casa de las Lañadoras y la de la Calabaza y contorneando la fragua de Pinete hasta llegar a la esquina de la calle del Crudo, sin contar las del centro de la calle.

Y en la Cruz Verde, sentada sobre un alterón de más de tres metros, como las casas de enfrente, de Raspilla y de la Moya, o el Altillo a todo lo largo, como en su continuación por la esquina de la Amalia hacia arriba de su acera en toda la calle y hacia abajo por la casa de Diego el Galgo. En todos los contornos del Arenal es patente la erosión sobre un fondo de rocas sedimentarias, razón única pero irre-

vocable de su nombre propio y justificación plena de su magnitud, porque si los vecinos, cuando podían elegir, se distanciaron tanto no fue más que por hacer su casa apartada de la corriente. Si el hermano Borrego hizo su casa y el hermano Bruno y Catrado las suyas tan apartadas de la de su padre que estaba enfrente, no fue por alejarse de él sino por dejar paso a las riadas y los barrizales consecutivos.

El lugar del Santo es lo alto del cerro, convertido muy certeramente en cementerio de la Parroquia de Santa Quiteria al suprimirse los enterramientos en las iglesias y sus cercanías. La calle que sube, aguas arriba hasta el Santo y lleva su nombre, es, como el Arenal mismo, todo lo magnífica que puede verse y por las mismas causas.

La otra vertiente del cerro llegaba a las Abuzaderas, extensa cantera de piedra arenisca, bermeja y pudridero donde se arrojaban los animales muertos en la Villa. Las calles auxiliares se trazaron en sentido transversal de la vertiente como es lógico y resultó la del Altillo, preciosa de nombre y de trazado formando escuadra con la del Crudo y recogiendo las aguas de su mitad del saliente. El Altillo, muy agudamente señalado por la gente, porque no era el cerro del Santo, sino el altillo que hacía el terreno y lo hace en ese lugar de la cabecera de la calle del Crudo. El crecimiento del pueblo, en uno de sus estirones que llegó hasta la calle de la Luna, donde se hicieron las casas de los Pellases en el campo y la de Faruso en mis días con la de Rochano después en las esquinas de la calle de la Libertad, donde se fueron a morir Luis Parra y la Cándida la Cacha que entonces jugaban conmigo en la calle Ancha. Esta expansión engendró la calle de Madrid, colector abundante de

aguas empalmando con el Altillo en forma de doble cañón de escopeta para llevar al Arenal todas las aguas de lo alto y formar el arroyo de la puerta de la Renga y de la esquina del tío Ecequiel, -el padre de Estrella-, donde también hubo pasaderas, antes y después de hacerse la calle de Don Antonio Castillo y grandes lonchas de piedra sobre las profundas cunetas para facilitar el paso a las casas en todo tiempo.

Estos arroyos aportan todas sus aguas al de la Mina y se juntan en la Veguilla, tan inofensiva siempre y tan pestilente ahora, como por desgracia sucede con la mayoría de las aguas corrientes en la actualidad por arrojar a ellas todos los residuos que antes se transformaban en la propia tierra con un mínimo de putrefacción y sin ningún peligro.

Todas las aguas del Santo vienen de allí, incluso las de las calles que parecen trazadas en el llano por estarlo en lo último de la cuesta, como la del Norte y la de Toledo que vierten allí y sus aguas se abrieron paso ellas solas formando los callejones que ahora se llaman calles del Sol y Urosas, que cuando yo nací ya estaba bien marcado por el chorrear negruzco y pestilente del calderín del tío Marcelo Vaquero desde el callejón de la calle Toledo.

La luz del Arenal cambia casi como en el campo con la salida y la puesta del Sol y de la Luna.

Por la mañana se llena de sol toda la acera de Borrego, de Bartolo el Cuco, de Monda, -que no era monda, pero que haber quien lo cambia-, de la tía Benita la patatera, del tío Pedro el herrero, del hermano Benito, de Catrado, de Raimundo el panadero y deja una sombra de las

más agradables en la salida del Altillo en la taberna de Marcelillo, en la zapatería del cojo y en la esquina de Morales, sombra ancha, hasta el camino, más grata por el barrido y regado de las vecinas desde el amanecer, paso predilecto de cuantos van y vuelven de la plaza. La bóveda celeste se ve desde esta acera con una diafanidad nítida, no hay en todo el lugar una franja de terreno desde donde se vea el cielo tan azul y tan limpio.

De la calleja que divide la corriente de la Cruz Verde, a partir de la puerta de la Joaquina de Peluza, más abajo de la de Juan Carreras, se acerca la coja la Cutimaña con el cogedor y la escoba de barrer la puerta, hablando del asiento que le había levantado al tuerto Boto, que por poco si las lía, menos mal que llegó a tiempo y le corrió la mano con suavidad y ayuda de Santa Rosa de Lima, que era la Santa que guiaba a la Mariana la Pinta, la famosa curandera de Criptana, que era de Alcázar, con cuya ayuda y bastantico aceite espeso de tener el queso dentro, rompió el tuerto, echando quien sabe cuantas bolas con pelo de tanto tiempo como las tendría.

Se lo contaba a la mujer de Marcelillo, menuda, pulida y peripuesta, que hablaba con la tía Marcelina, ninguna de las cuales se llevaban un centímetro de altas y juntas parecían una macetilla de hortensia con las flores agrupadas por separado.

La tía Marcelina, morcillera de mi madre, era una mujer sabia. ¡Cuánto me quería!. Vivía en el Altillo o de por allí bajaba, menuda, bajita, magra, fina y arrugada, muy saludable. Curvada como Juan Caguín, con la barbilla en la garrota y unos anteojos, reforzados con cinta negra en el puente para que no le ludiera en las narices la rajilla que se le había hecho. La patilla derecha la llevaba sujeta y muy

bien ligada como atada por manos acostumbradas, con una cinta de crudo de las bastas de los colchones y en la izquierda un hilo doble, curado, de los de atar la longaniza, abrazándole la oreja.

Se paraba para mirar y hacía equilibrios para las dos cosas, para tenerse y para ver dándole cierto aire a su moñete de picaporte, pero una vez sujeta hablaba filosóficamente como Pedrete el Dano y daba gusto escucharla porque se sentía madre de todo el mundo:

— ¡Ay! hijas, exclamó al oír a la coja, si yo os contara lo que una tiene visto y pasado en este mundo. Bastante es eso para las pestes que teníamos en mi juventud que se llevaban la gente a carros llenos para enterrarlos.

La tía Marcelina es que ya no guipaba bien, pero ver a la coja de mirar de asiento era conmovedor, siempre en la barriga, con todo al aire, nada de mirar en las muñecas como hacen las que no entienden. La coja lo hacía musitando oraciones, que le hacían de bailar ciertos pelillos del jarillo bozo, invocando a la santa como teniéndola presente corriendo la mano untada de aceite con una suavidad inigualable que hacía correr lo que hubiera sentado como una seda y apenas concluido, cuerpo limpio y enfermo curado. El amparo de Santa Rosa de Lima hizo famosa a la Mariana en toda la comarca y hasta en Alcázar, a pesar de ser su pueblo, porque donde ponía el ojo invocando a la santa no le fallaba y la salvación estaba en su mano. Pues a la coja igual, manos de santa y después de Dios, ella, dejando a los médicos con sus creencias y sus boticas angustiosas.

Al otro lado del callejón de la calle Toledo, aparecía temprano Reyes Cateto con la Vidala y catorce chicos que se la

más agradables en la salida del Altillo en la taberna de Marcelillo, en la zapatería del cojo y en la esquina de Morales, sombra ancha, hasta el camino, más grata por el barrido y regado de las vecinas desde el amanecer, paso predilecto de cuantos van y vuelven de la plaza. La bóveda celeste se ve desde esta acera con una diafanidad nítida, no hay en todo el lugar una franja de terreno desde donde se vea el cielo tan azul y tan limpio.

De la calleja que divide la corriente de la Cruz Verde, a partir de la puerta de la Joaquina de Peluza, más abajo de la de Juan Carreras, se acerca la coja la Cutimaña con el cogedor y la escoba de barrer la puerta, hablando del asiento que le había levantado al tuerto Boto, que por poco si las lía, menos mal que llegó a tiempo y le corrió la mano con suavidad y ayuda de Santa Rosa de Lima, que era la Santa que guiaba a la Mariana la Pinta, la famosa curandera de Criptana, que era de Alcázar, con cuya ayuda y bastantico aceite espeso de tener el queso dentro, rompió el tuerto, echando quien sabe cuantas bolas con pelo de tanto tiempo como las tendría.

Se lo contaba a la mujer de Marcelillo, menuda, pulida y peripuesta, que hablaba con la tía Marcelina, ninguna de las cuales se llevaban un centímetro de altas y juntas parecían una macetilla de hortensia con las flores agrupadas por separado.

La tía Marcelina, morcillera de mi madre, era una mujer sabia. ¡Cuánto me quería!. Vivía en el Altillo o de por allí bajaba, menuda, bajita, magra, fina y arrugada, muy saludable. Curvada como Juan Caguín, con la barbilla en la garrota y unos anteojos, reforzados con cinta negra en el puente para que no le ludiera en las narices la rajilla que se le había hecho. La patilla derecha la llevaba sujeta y muy

bien ligada como atada por manos acostumbradas, con una cinta de crudo de las bastas de los colchones y en la izquierda un hilo doble, curado, de los de atar la longaniza, abrazándole la oreja.

Se paraba para mirar y hacía equilibrios para las dos cosas, para tenerse y para ver dándole cierto aire a su moñete de picaporte, pero una vez sujeta hablaba filosóficamente como Pedrete el Dano y daba gusto escucharla porque se sentía madre de todo el mundo:

— ¡Ay! hijas, exclamó al oír a la coja, si yo os contara lo que una tiene visto y pasado en este mundo. Bastante es eso para las pestes que teníamos en mi juventud que se llevaban la gente a carros llenos para enterrarlos.

La tía Marcelina es que ya no guipaba bien, pero ver a la coja de mirar de asiento era conmovedor, siempre en la barriga, con todo al aire, nada de mirar en las muñecas como hacen las que no entienden. La coja lo hacía musitando oraciones, que le hacían de bailar ciertos pelillos del jarillo bozo, invocando a la santa como teniéndola presente corriendo la mano untada de aceite con una suavidad inigualable que hacía correr lo que hubiera sentado como una seda y apenas concluido, cuerpo limpio y enfermo curado. El amparo de Santa Rosa de Lima hizo famosa a la Mariana en toda la comarca y hasta en Alcázar, a pesar de ser su pueblo, porque donde ponía el ojo invocando a la santa no le fallaba y la salvación estaba en su mano. Pues a la coja igual, manos de santa y después de Dios, ella, dejando a los médicos con sus creencias y sus boticas angustiosas.

Al otro lado del callejón de la calle Toledo, aparecía temprano Reyes Cateto con la Vidala y catorce chicos que se la

comían y no se como lo contó. Mientras a uno le daba las migas, otro le tiraba de las sayas y otro le daba manotadas porque no le hacía caso. Reyes, cachazudo, colgaba los capachos o los dejaba en el suelo mientras disponía las pleitas y las agujas para coser con tomiza al sol. Por este lado del callejón, la Agustina de Calcillas, nuera de la de Serrano, barria diligente la puerta mientras la Juliana de Correas iba y venía corriendillo a llevar o traer algo de la abuela Eulogía para acabar de apañar a su caterva.

En la esquina de la Placeta, para ir a la calle de la Feria, estaban Francisco el churrero Tintín y la Emilia de la tía Martina con su caldera humeando y la caldereta de la masa correosa y pegajosa como liga y algunos juncos verdes para atar las rosas recién salidas del aceite y los buñuelos vaporosos e inflados tan retostados y tan ricos. Desde este puesto que se favorecía de

una sombra fresquita y apacible hasta eso de las diez, se ve como desde ninguna parte todo el barrio y su grandeza, el Santo en pleno, el Toledo, el Altillo, el Arenal en todas sus partes y la subida de la Cruz, La Rondilla no existía, solo a la entrada había algunas portadas viejas, a este lado y al otro el horno del yeso de Barrejón, la bodega de Mocho, las gaseosas de Puebla y la calera de Casimiro. Que panorama ofrecía el Arenal y el bullir de la gente casi de continuo.

Solo había un artesano silencioso del que no se oían más que los golpes, el Rulo. Los Rulos han sido casi tantos como los de los molederos del yeso. Este era el carpintero. Manuel era el Rulo el albañil etc. Y también el Rulete. Como había Carreras, Carrerillas y al chato Carreras, según la terminología alcazareña que suele ser certera y la de los corrillos del Arenal de lo más moñigona.

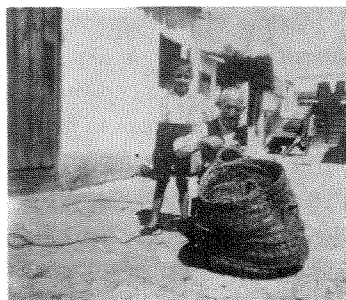
Lo pequeño es grande

Esta estampilla tan diminuta tiene la grandeza de su representatividad y para mí la melancólica evocación de que la puerta más arriba, en el corral contiguo, estaba mi padre con la misma faena todos los años en los alrededores de la feria.

El que aquí recose las seras preparándolas para vendimiar es Aquilino Beamud, con quien me crié en la calle Ancha y no hace falta decir más.

Lo hace con tiempo, con buena temperatura y en camión que es como se decía entonces al estar en mangas de camisa. Eran cinco hermanos, tres hombres y dos mujeres y con todos conservé buena relación hasta su muerte, Y con las familias con que emparentaron, pero Aquilino, que se quedó en su casa, fue el que tuvo mayor relieve en la vida local y más representatividad familiar.

Es justo perpetuar aquí su memoria, además de satisfactorio para mí.



peñaba, pero ambos llegaban al más allá con la imaginación y Antonio ponía el tiro donde ponía el ojo.

Veamos el sabroso relato que hace Don Julio Maroto:

“Anualmente y cuando la temporada de caza estaba en pleno apogeo, se realizaba el ojeo llamado de “los tres días”. Este acontecimiento cinegético tradicional tenía un organizador indiscutible, alma del mismo, y ese no era otro que Don Antonio Moreno “Frasco”.

Ya se ha hablado de él en el VIII fascículo y allí remitimos al lector si quiere saber como era “Frasco” exactamente. Ponía en el empeño gran entusiasmo, cuidando, como solo él sabía, de los más insignificantes detalles y hacemos incapié que no resultaba sencillo mantener durante tres incansables jornadas la disciplina en los ojeadores, el orden en las postas, la atención de todos y evitar a toda costa el cansancio y el aburrimiento. Muchas veces más de treinta personas tenían que convivir y discutir en condiciones de incomodidad manifiesta, pero, “Frasco” lo conseguía.

El cazadero solía ser la “Casa de Cordero” (hoy San José). Entonces el monte no era la calamidad y el “peladero” que es ahora. Aquello era un verdadero paraíso, lleno de enormes chaparros, majanares y con abundancia de perdices tal, que enmudecerían de asombro ante su vista estos cazadores modernos que guiados por su egoísmo se dedican ciegamente al exterminio de nuestras preciadas especies cinegéticas entre las que se encuentra esa perdíz roja que es la más veloz y brava del mundo.

Tomaban parte en la cacería las más destacadas y “castizas” escopetas locales, los incondicionales diríamos nosotros: el inolvidable Emilio Paniagua, Zarca, Peinado, Molina, Zacarías, Pepe Moreno, Dositeo, etc. Todos se afanaban en poner a punto sus armas, los cartuchos (que entonces se cargaban y “recargaban por los propios usuarios”), comidas, útiles y ropas... y esperaban impacientes la señal y el día.

Venían invitados personajes importantes de la política y de las finanzas, Directores Generales, Secretarios de Banca e incluso algún Ministro. También era de la partida un hombre que en aquellos años se encontraba en el pináculo de su fama como escritor teatral, nos referimos al Pastor Poeta que había estrenado con éxito clamoroso “Un Alto en el Camino” y “Al Escampio”. El escritor, hombre sencillo y amable en su trato era íntimo amigo de Don Antonio y de Emilio.

También llegó este vez uno de esos cazadores que por su “porte” resultaba a todos muy raro e interesante. Su atuendo era impresionante: chaleco-canana de piel de Ubrique, pantalón deportivo de fina pana verde y confección impecable, botas-polaina, con hebillas niqueladas, morral de ante con flecos, sombrero reversible con visera y una larga y hermosa pluma de faisán a la cinta. Tenía además dos escopetas gemelas de marca inglesa.

La tarde anterior al día de la partida, había reunión “general” en el Casino. Allí en un animadísimo y chispeante coloquio se perfilaban ya los últimos retoques para que no faltara detalle y “Frasco” aprovechaba la ocasión para computar aproximadamente el número de perdices que se iban a cobrar. Es una verdadera lástima que no podamos disponer de una de esas cintas magnetofónicas hoy al uso, y de que además seamos incapaces para transcribir las cosas que allí se decían todas ellas llenas de gracia y sana intención. Había para todos, nadie se enfadaba y la gente aguzaba su ingenio para ponerse a tono con las circunstancias, que no podían ser mejores.

CAZADORES Y CACERIAS

El tema de la caza es inagotable, mucho más que el de los toros y el del fútbol, por algo fue de los primeros recursos que tuvo el hombre para vivir y lo seguirá utilizando hasta el fin del mundo, aunque ya parece que está cerca.

En esta obra se le ha dedicado la debida atención, pero de cuando en cuando se alza un bando de perdices y remueve todo el monte, sacando al aire a los hombres que en las cocinas de las quinterías rumían los recuerdos de los cazadores más seguros y sus hazañas más memorables.

Aún en el pueblo no se les puede olvidar y en cuanto llega la temporada ya están en juego sus recuerdos, siendo siempre uno de los primeros el de Frasco, por lo buen cazador y por su temperamento nativo de mandón y ostentoso organizador de las partidas de caza.

Don Julio Maroto nos ha hecho el obsequio de rememorarle en las siguientes líneas, reveladoras y exactas de aquella figura que fue adorno brillante de la vida alcazareña y que, como suele pasar con todo lo selecto, no desempeñó ninguna función de utilidad, pero no solo de pan vive el hombre y en los pueblos hace falta hasta quien sepa escoger los melones y un monumento decorativo, como una torre, un arco o una columna, lo distingue o caracteriza más que el resto de las edificaciones, pues Frasco era un monumento él, por su fantasía, por su figura arrogante, por su parlamento, por sus modales y hasta por sus andares, abierto de pies y bamboleante por tenerlos planos, como los patos.

Es difícil dar idea clara con las explicaciones de los andares y de los modales de Frasco y todavía lo es más abocetar la estampa que formaban él y Máximo el barbero ante los portales de la plaza, estampa desde luego singularísima, con los trazos vigorosos de un agua fuerte, en un sector de la Villa donde no escaseaban los rasgos sobresalientes de nuestro vivir, imaginativo hasta la exaltación unas veces y excéptico e indiferente otras, revestido siempre de una cierta sorna justificativa y acomodaticia.

Máximo era físicamente lo contrario que Frasco, seco, renegrido, arrugado, dientón y desgarrado, como un jilguero al lado de una abutarda, pero a los dos les traían de cabeza los pies y los dos constituían en la plaza la justificación plena de la imaginación manchega, deslumbrante por lo fantástica y asombrosa por lo desproporcionada.

No se parecían tampoco en los pies y Máximo tuvo siempre un gran pesar de los suyos que contra toda moda se los cubría en gran parte con pantalones ampliamente acampanados, como el cojo Cortés la bota. Predominaba la anchura en los pies de Máximo, la magnitud de los juanetes, como patatas de asar, el acabalgamiento de los dedos altamente dolorosos y las callosidades subsiguientes que le obligaban a caminar con tiento sobre los cantos de la plaza, pero que parecían dar a su genio ocurrente los más deslumbrantes rasgos, mucho más ostensibles por su exosftálmico mirar.

Qué figura la de Máximo, qué contraste con la de Frasco y que estampa la de los dos dando vueltas por lo portales tomando el sol de la mañana o la sombra de la tarde. Qué lástima y que pérdida para el protocolo alcazareño el no haber recogido las ocurrencias según se iban produciendo con los hechos corrientes de cada día.

Máximo no hubiera podido correr detrás de las liebres y Frasco tampoco des-

“Frasco” nombraba, se hacían cábalas, se valoraban las condiciones del interpe- lado y se le apuntaban las posibles perdices que cobraría: Comino, 18; Zacarías, 32; Emi- lio... ¿Cuántas Emilio? ¡Pero si se te van un montón! ... ¡Bueno Antonio, bueno, pero no me niegues que si no les doy no dejan de “correr un inmenso peligro”!... risas gene- rales y así hasta que llegó el turno al rutilante invitado que para “Frasco” era una incóg- nita. ¿Y a Vd.? ¿Cuántas le apuntamos a Vd.? -le dijo Don Antonio con aquella voz casca- josa y grave que tenía- el hombre un poco encogidillo por el ambiente se atrevió a pregun- tar... ¿Cuántas, cuantas perdices me pasarán por la posta al cabo de los tres días?. -D. An- tonio se lo pensó un instante como calculando y contestó preciso: “Le van a pasar a tiro más de 300 perdices y algunas tan rasas que le van a quitar las plumas del gorro”... El fo- rastero recapacitó un momento restando y sumando a su pronóstico y luego respondió muy serio ¡Apúntame 100!!.

“Frasco” se quedó mudo y boquiabierto, reinó luego un desacostumbrado silen- cio en la asamblea esperando el desenlace; “Frasco” se quitó después lentamente el puro de la boca y tomándolo en la mano como un humeante índice acusador le señaló implaca- ble diciendo campanudamente: “Amigo mío, efectivamente va a tirar Vd. más de 100 tiros pero solo derribará una perdiz y lo que es peor, tendrá que correr para cogerla y luego se va a aplastar un dedo con las piedras cuando intente sacarla del majano donde se va a me- ter”.

Se pasaron los tres días, se cobraron las perdices previstas y el vaticinio se cum- plió en todas sus partes. El último día, en el último ojeo el invitado derribó al fin una perdiz que cayó de ala, corrió desesperado tras ella, se le metió en un pequeño majano y en la prisa por cobrarla se lesionó un dedo con las piedras.

Cuentan las crónicas que el hombre mandó disecar al animal y luego enseñando el dedo vendado en la tertulia de sus amigos comentaba jocosamente “Por algo nos decía aquel ojeador que nos “encultáramos” que venían con mucha “briolencia”... ¡Ya lo creo que venían ! ¡Pero aquello no eran perdices, eran rayos!”

Después de escrito lo anterior Don Julio recordó un sucedido del que fué testigo y nos cuenta que:

“Cuando una perdiz pasa paralela'a las postas, suele suceder que le tiren varias es- copetas y si la derriba alguna, entonces dice que le ha cortado un chaleco a los demás. Es- taban juntos de postas Cascabel y a su lado Emilio. Ya se sabe el amor propio que tenía Emilio y lo nervioso que se ponía y lo moscón y pesado que era Cascabel. Habían discu- tido ya por algo y andaban picados.

En un ojeo vino una perdiz cruzada por la izquierda y Cascabel, que no tiraba mal, le arreó los dos tiros pero no le dió. Siguió la pieza, pasándole a Emilio y le pegó un tiro de los que hacen época. Entonces se puso en pie y haciéndole signo sobre su chaqueta y corte de mangas le gritaba a Cascabel.

— ¡A Galisteo, amigo, a Galisteo!

Galisteo, explica Maroto, era un sastre que había en la calle de San Francisco que cortaba muy bien los chalecos.

Si, señor, y en la misma casa que Jesús Esperón, que tampoco lo hacía mal y te retrataba de frente y de perfil y aunque estuvieras estirado en la caja, que cuantos le esta- rán dando quejas en el otro mundo.

CAZA MAYOR

Hay mucha gente que cree que en Alcázar no hay más que gorriones durante el año y pajarillas de las nieves en su tiempo, incluso hay cazadores, -cazadores de chinchinabo, claro- que ignoran que en Piédrola hay más animales que en la casa de fieras y que Malagueña vino mil veces de allí más cargado que una mula y pasó muchas noches en vela esperando que le entraran los tejones y las zorras que los tenía encañonados metido en la espesura de la higuera, amparado del solano para que no les diera el viento a las alimañas.

Es mucho lo que habría que contar de nuestra caza y de nuestros cazadores, de ojos de lince muchos de ellos, como Paco Espinosa, Eusebio el Porrero, los Estrellas y otros mil que tenían un mirar de galgos que impresionaba y algunos con los ojos metidos en el cocote de tanto entornarlos y cejas como viseras de tanto arrugar el entrecejo, para ver a lo largo en pleno sol.

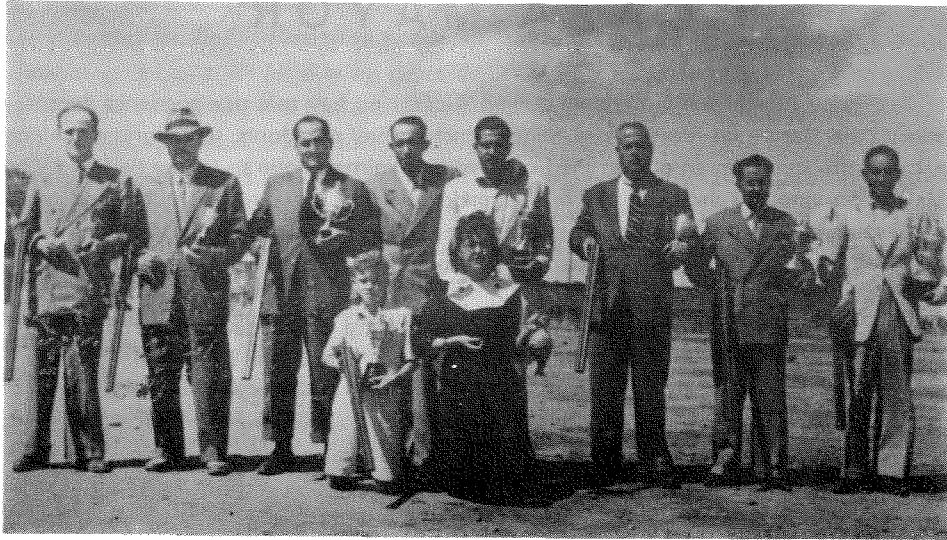
Aparte de lo nuestro habitual, de vez en cuando se da en este campo



alguna escena de alta montería, como si estuviéramos en Cazorla o en las Ventas de Peña Aguilera porque los animales, fuertemente hostigados en los Montes de Toledo y rehuídos llegan hasta nosotros donde nunca falta alguien que dé el soplo de su presencia, ni quien les salga al encuentro y les de alcance, como pasó el 25 de Junio de 1970 que el chico de Jerónimo Beamud vió este ciervo por Carraquero, hacia los cerrillos del pozo del Gamonar, que había entrado por las sierras de Herencia rehuído de por Urda y Villarrubia.

Se corrió la voz y pronto estuvo allí Marcelino Cruz con su escopeta certera que lo tumbó y lo echaron al carro de Jerónimo y lo llevó hasta su casa donde se hizo esta memorable fotografía con todos los protagonistas de tan singular escena: la nuera de Jerónimo, Pilar Muñoz Guzmán, su hijo que lo guipó, Marcelino Cruz que lo cazó, Jerónimo como el patriarca y Eugenio Cruz el hijo de Marcelino. Todos están un poco admirados del caso y satisfechos del final.

La res fue descuartizada por Sebastián el de la carne y se vendió en la plaza, con lo que pudo participar todo el que quiso en el alboroque, aunque hay que suponer que a escote, pagando cada cual lo que se comiera, que es, hasta ahora, el mejor sistema de repartir la carne. Y la cabeza para el cazador.



LLUVIA DE TROFEOS

Tratándose de cazadores no vamos a poner puertas al campo ni límites a la fantasía, aquí cada uno luce su premio y su regocijo, manifiesto en los semblantes de Miguel el de Mauricio, Julián Zarca, Manolo Comino, Pepe Frasco, el cuñado de Pepe el de la Marina, Gregorio Cascabel, Marcelino Cruz y Zacarías Frasco. La muchacha es la chica de Paco Izquierdo, el del azufre, que no podrá quejarse de no tener guardadas las espaldas.

De cuando en cuando los cazadores se quitan los arreos y se preparan a comer de verdad sin la zozobra de lo que se pueda cazar. Y aquí están Felipe Molina y Marcelino Cruz, dos aficionados de los que más gloria han dado a la cetrería alcazareña, con sus respectivas costillas, que no son medias costillas, porque la Cesárea tiene una cara de Moracha que no puede con ella y la Aurelia tampoco puede estar quejosa de su buena presencia y con tan buena mesa, sin hacer caso de las escopetas, no es probable que pierdan.

DIA DE REPOSICION



FANTASIAS Y REALIDADES

Un hombre tan deslumbrante como Frasco que vivió permanentemente en un mundo de fantasía, tenía que asombrar a cuantos le rodearan y no puede haber nadie que estuviera con él que no tenga algo que contar y mucho menos Manolo Belmonte, el médico, que lo mandaba su padre de chico a que estuviera con él en el campo a temporadas.

Las narraciones de Manolo, que también es cazador y les echa su mijita de énfasis a las cosas, son desternillantes o incontables por lo numerosas, pero para muestra basta un botón:

Estaban en el Duqueso con Don José Henríquez, por la mañana se puso Frasco a freir picatostes. Llega Don José Belmonte y le dice.—

Pero, hombre, Frasco, ¿para qué fries tantos?

Tenía un lebrillo lleno.

Frasco, retorneándose en el serijo, alzando los brazos, sacando el pecho y levantando la voz como solía, dice:

— ¡Pero hombre, usted que sabe los picatostes que necesitan estos señoritos y su hijo Manolo!

Comieron en efecto dos o tres cada uno pero Frasco se embauló el lebrillo.

Y otra de caza.

Estábamos de ojeo en las “Cañas” de Guerras, dice Manolo Belmonte y después de comer dimos otro ojeo, porque no parábamos desde que se hacía de día hasta la noche.

Empezamos a soltar tiros y a la hora del cobro solo una perdiz. Llega Frasco y nos dice:

¿Cuántos tiros habéis tirado?

Yo uno, dice Zacarías.

Yo dos nada mas, dice Peinado. Y así sucesivamente.

¿Y tú, Manolo?

—Yo uno pero iba larga.

Total sumamos entre todos trece disparos. Dando grandes voces, dice Frasco:

—Cuando tenía contados 87 tiros he perdido la cuenta. ¿Y decís que trece? ¡Mamarrachos! ¡Zopencos!. Y tú Manolo ¿Como quieres matar si te has comido 28 filetes y un pan de kilo?.

SUCEDIDOS

Cuenta que al pajarero viejo (Agustín Avilés) se lo decían porque se dedicaba a cazar pájaras para venderlas y tenía un saco de ballestas fabricadas por él mismo.

Algunas veces cuando recorría la senda recogiendo la caza se le adelantaba una aguililla y se arrancaba veloz con la pájara y la ballesta y el hombre se quedaba mirando al cielo, diciendo por la bajo:

—Si tuvieras que hacerlas tu...

Y seguía recorriendo la senda resignadamente.

J. M.



Esta reunión no es de cazadores sino de amigos de lo cazado y ofrece la particularidad de estar en ella Frasco en plena decadencia, para que no falte el detalle de cómo se quedó a última hora ya que no hemos tenido la suerte de encontrar una fotografía en la que se le vea con claridad que complete las diferentes descripciones que se tienen publicadas, incluso la del muchacho tocando la guitarra acompañando a Emilio el Pámpano.

Dadas las disposiciones más o menos conocidas de cuantos figuran en esta reunión, es casi seguro que Frasco fuera el guisandero y ahí está siendo el más arrogante, el más altisonante y el más espantante de todos, reducido a la más mínima expresión, con su gorrilla aplastada, consumido por la diabetes, más encogido que nunca, materialmente apabullado por la salubridad y lozanía de cuantos le rodean que son de su edad la mayoría. Aún cuando casi todos estos señores figuran en diversos lugares de la obra, hay algunos que no han salido nunca y lo merecen por su significación local a lo largo de su vida, como Don Miguel Aparicio, Don Leopoldo Nieto y Don Rafael Huerta.

Se les conoce a todos menos a ese primero de la izquierda que esta de pie, con el sombrero alicaído y que puede hasta no ser de aquí, porque la comida fue de despida al Juez en las Ratoneras, huerta de Belmonte. Los que siguen a dicho señor son Don Leopoldo el boticario, el Juez Don Filiberto Carrillo de Albornoz, Frasco, Cepeda, Olivares el médico y Belmonte el médico. Y abajo, Escobar, Durá el notario, Ernesto Verdú, Aparicio el abogado, Salvador Samper y Rafael Huerta, el médico del pasaje.

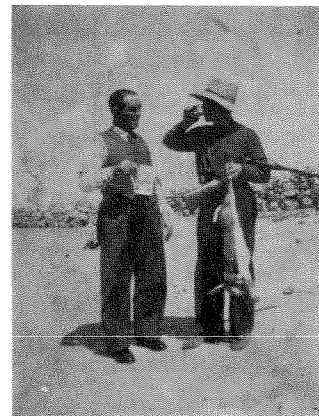
Muy a última hora me ha llegado otra versión de esta comilona que me agrada recoger: la de que el Juez quería comer galianos y Frasco los hizo con toda su fanfarronería pastoril.

De las dos maneras puede ser y cualquiera de ellas viene bien para divertirse, porque nada predispone al hombre a la broma como una buena comida, que es uno de los grandes errores de las mujeres modernistas.

DIA DE SOFOCACION

Aurelio Pastor, el encargado del depósito, vió llegar tan seco a Marcelino Cruz, subcontramaestre de su cargo, que se apresuró a llenarle el vaso de vino con gaseosa y se quedó con el jarro dispuesto para repetir, porque el caso no era para menos con una liebre tan grande todo el camino.

¿Por qué será que los animales cazados parecen el doble de grandes cuando los exhiben los cazadores? ¿Será que les infunden el esplendor de su fantasía?. Ellos hablan de una liebre como un perro y la verdad es que a todos los que miran les da gana de morder.



FLUJO Y REFLUJO

¡Cuántas cosas nos podría contar de Frasco Emilio Paniagua si viviera!. Aunque a lo mejor no tantas porque nunca se preocupa uno de coger del agua que corre y él me dijo más de una vez lo que sentía no haber recogido las ocurrencias de Victoriano el Viejo que después le era imposible recordarlas pero que las reconocía insuperables.

Más de lo que se prodiga algo queda y su chico, el popular Chico de Emilio, que no podía ser cazador porque no iba a ir detrás de su padre, pero que tiene buena memoria, nos recuerda algunos sucedidos relacionados con Frasco aunque independientes de la caza misma.

“Referente a las cacerías, dos de las más recordadas, -oídas siempre a mi padre- son las siguientes:

Cuando la caza de ojeo, se hacen por lo general, en enero y diciembre. Cuando las tardes son muy cortas, así es que antes de la guerra, cuando no había hora especial de adelanto en los relojes, anochecía sobre las cinco. Y terminado el último ojeo, se iban todos los cazadores y los ojeadores, camino de la estación de Marañón. (Huelga decir, que todas estas cacerías, se hacían siempre en el monte, una vez tomando como base Villacatenos y otra, la casa Cordero).

Se iban todos desperdigados; unos cuantos en grupo de cinco. Otros dos, se entretenían en que les saliera, alguna liebre o perdiz, retrasada. Los ojeadores, más allá, tomando el último “bocao”, cuando no, tirándole a la bota del vino.

Y ante tal tardanza de unos y otros, y previniendo que no iban a llegar a tiempo de coger el tren del coche, Frasco exclamaba con voz estentórea: ¡Vamonooooos!

Tanto por ser el jefe de la comisión, y en efecto lo era, por su conocimientos y ascendentes autoritarios, y sobre todo el vozarrón que le imprimía, todos aliviaban y se sometían a la voz de mando.

Y como decía mi padre: ¡Señores, como parecía que temblaba el monte, que temblaban los árboles y en aquella soledad, el ¡Vamonooooos! de Frasco, quedaba flotando entre las sombras ya, de la noche que venía.

Se me quedó bien grabada ésta anécdota para siempre. Por ello, cuando vino la compañía de Pepita Meliá y Benito Cebrián, a representar “Un alto en el camino”. A la salida del teatro, todos los actores, y algunos de la Peña de cazadores, incluyendo al Pastor Poeta, que era el autor de la comedia, y como se rezagaran algunos, desde la salida del teatro Moderno, hasta la esquina del Conde, fue el propio Pastor Poeta, el que remedió aquella voz, de las cacerías diciendo un poco a lo Frasco, ¡Vamonooooos!. Todos los cazadores, Manuel Comino, Victoriano, los hijos de Frasco y mi padre, se echaron a reír. Ya que sabían por donde venían los tiros. Los actores de la compañía de teatro, se quedaron “in albix”.

El final, fue irse al casino, donde en una tertulia que dominaba todo el salón, el Pastor Poeta, estuvo diciendo, algunas poesías de las suyas.

En el año 1942, y en las últimas cacerías a las que fué mi padre, estuvieron por la Jarrina y un poco más acá, por la carretera de Cinco Casas a Villarta.

Venía de invitado a las mismas, don Luis Ortigosa, que era sub-secretario en el Ministerio de Justicia. Y también asistió, don Eustaquio de Miguel Bueno, que era secretario de este Juzgado Municipal. Ya está jubilado.

Y después de las salidas a cazar perdices, siempre se hacía un poco de tertulia, y don Eustaquio, siempre aprovechaba para conversar con don Luis, sacar el tema del gremio judicial. Versando, como es natural, sobre asuntos técnicos.

Y una vez Frasco se mosqueó de tal forma que le dijo a don Eustaquio:

Pero don Eustaquio, no converse tanto sobre asuntos judiciales, ya que don Luis viene a expansionarse al aire libre y a pegarles tiros a las perdices. En cuanto Vd. le hable, de los escalafones, de los quinquenios, y de los considerandos, se va a creer que está todavía en el Ministerio, y no le va a alimentar, la distracción de la caza.

Tenía Frasco entre otros perros, una perrita pequeña. A la que llamaba "Lista". Y el animal lo era. Una vez paseando entre los puestos de melones, que ponían delante de su casa, se le olvidó la petaca. Se lo dijo a la perra, de voz y de gestos salió el animal, subió a la casa, y "que cosas le diría" a la Luisa, que al poco rato apareció, con la petaca en la boca".

SUCEDIDOS

Aurelio el garbancero tostaba alcagüetas para los domingos y solía ir a Criptana con un carrete y un borriquillo.

No usaba pesos y como medida utilizaba tazones, uno de perra gorda y otro para la perrilla.

Una vez dijo a la mujer:

—Vengo muy contento, traigo cinco duros y algo.

Al contar había 29 pesetas. ¡Cuántos tazones despacharía!

Otra vez fué a Madrid y vino asombrado de lo altas que eran las casas, de la mucha gente y de todo lo que había visto al cruzar la puerta del Sol. El Majo, deslumbrado le dijo:

—¿Y por qué no pasaste dentro?.

El Ñoño replicó:

—Quita hombre, para que se hubiera quemao.

(Aportaciones de Julio Maroto Escudero)

Cazadores en el cazadero



Reunión de pastores ovejas muertas, dice el refrán, pero con los cazadores no pasa eso, pues muchas veces la reunión o el concilio es para lamentarse de que no se mata y pensar por donde se iría en busca de las querencias o bien para contar cuentos de lo que se hizo en otras ocasiones.

Esta reunión puede ser un descanso, pero hay mucha gente tendida y poca caza, pues de haberla, ¿cómo iban a tenerla escondida?

Ese disimulo es contrario a la psicología del cazador. Sobre estar tendidos se percibe que se les abre la boca, el cielo está claro y no cruza ni un pájaro. La borriqua dormita a pie firme. Emilio Paniagua acaricia al galgo y no enseña la liebre ¿Se puede concebir eso?

Esta fotografía ha presentado bastantes dificultades de interpretación. Claros, claros, hay tres de los cazadores, Emilio Paniagua, Frasco y Cascabel. En cambio se ve aunque a medias la borriquilla que utilizaba Emilio para el transporte de sus utensilios que le era una ayuda indispensable y complementaba su personalidad de cazador.

La borriquilla, torda y pequeña, era de Julianete Candeales —Julián Córdoba Sánchez—, mozo viejo que vivía por la placeta Pachurro, al comienzo de la calle Montes.

Emilio vivía con tanta vehemencia la cacería desde su preparación que no sosegaba él ni dejaba vivir a nadie, para que no faltara detalle y no solo llevaba todo anotado sino que lo repasaba mil veces y de la borriqua, después de apalabrada, insistía sobre la hora las tres de la mañana, el día, el momento, porreando sobre Julianete que perdía la paciencia y le decía:

—Pero hombre, Emilio, que ya me lo has dicho cinco veces. Los dos tenían sus costumbres chocantes. Emilio cuando estaba tan excitado, sacaba el reloj infinidad de veces pero no lo miraba ni paraba de hablar y a continuación le preguntaba la hora al que estuviera más cerca. Julianete, antes de acostarse sacaba el brazo por la ventana todas las noches para ver si llovía y durante el verano la gente que estaba sentada al fresco decía al verlo:

—Vámonos a acostar que Julianete ha hecho la seña ya.

Dice la Aismunda que, “coroque” se llamaba “Bollisca” la borriquilla que como todos los pequeñajos era retiesa, firme y resistente y un comodín incomparable para el inolvidable Emilio que iba más hueco que un pavo sobre esas aguaderas en las que tuvo los delirios más deslumbrantes corriendo caminos en busca de aventuras de caza, porque como decía él, para convencerse así mismo:

—¿Es que no vamos a matar ni una? ¿No nos va a salir una liebre?. Porque la que salga correrá muy serios peligros.

Personas representativas

He aquí unas fotografías sensacionales, típicas y demostrativas de muchos matices de nuestra vida alcazareña.

Se trata de Brocha, Reyes Romero o don Juan Pablo Romero Casero, tantas veces aludido en esta obra y que en el libro catorce tiene una fotografía del día de su primera boda con un remedo de semblanza de su persona, pero Reyes había de seguir



evolucionando y dando muchas vueltas demostrando sus cualidades de emprendedor, aunque le faltara arrojo para cuajar la gran personalidad empresarial a que estaba llamado para su propio bien y prosperidad de la Villa. Le tuvo demasiado apego al cargo de Jefe de Telégrafos y fidelidad al dicho de que "hay que nadar y guardar la ropa", pero como el que no se arriesga no pasa la mar, la indecisión malogra a muchos que tienen madera de campeones y la madera es lo único que hace falta tener, porque lo demás lo da el Señor por añadidura y Reyes era de los afortunados que no tuvieron nada más que ese todo, pero vió de correr mucha agua por el Arenal y aprendió a nadar aunque le faltara coraje para tirarse al mar teniendo buena braza y habilidad para sobrevivir. Fue una lástima que dominara el escudero la exaltación del hidalgo y prevaleciera lo seguro y práctico "con garantía del Estado". Se hizo de todas maneras una personalidad, pero en lo suyo, no en lo que pudo ser levantando la economía manchega y elevando la vida alcazareña para lo que tenía alma y sanfasón.

Mucho se ha hablado de Reyes y la fotografía del libro 14 seguramente es la primera que se hizo con bigote, que fue un símbolo de que se lo dejaba porque quería y que no era tanto como el mundo lo abultó ni para tanto ruido.

Ahí está la Mariana a su manera, siendo él, el que se enorgullece y saca los pies de las alforjas y al fin hace cambiar las tornas con el contraste que se puede apreciar entre la fotografía del libro 14 y estas de hoy verdaderamente señoriales donde Reyes está que ni pintado de propio, hasta en su inclinación de cabeza, solo le falta el meneillo al andar. La Mariana no parece ella, tan encorsertada y tan cambiada y los chicos, Victoriano y Vicente tan Rengues como eran ellos desde la cuna y por cierto con la misma cara de su madre con el pelo para arriba, como lo fue también Gomer, el más pecoso de los tres. El fallecimiento de la Mariana produjo un gran desequilibrio, pero Reyes rehizo el hogar con otra rama del mismo árbol, la Ramona de la Cantero, pues además de bigote tenía tupé y helos aquí con todo su ímpetu juvenil y los retoños crecientes, Vicente, Victoriano, Jordano, el aportado por la Ramona y Gúmer, al que se conoció por Gachas en su época de aficiones taurinas.

Y un bebé en los brazos de Reyes que es la Lola, el aglutinante de ambas familias, primer retoño del segundo matrimonio y actual esposa de Cándido Meco, de carácter abierto y radiante simpatía como es característico de toda la familia. Esta es la época en que a Reyes le pareció chico su mundo y empezó a negociar dándole aire a su bigote



castelarino que se generalizó mucho por esa influencia difusa pero dominante que ejercen los grandes hombres en su medio, aunque pocos mostachos alcanzaron la magnitud de los de don Emilio que eran un penacho flotante aireado por los alientos de su oratoria. El mismo José María el de los papeles, que era un monicaco y el después consuegro de Reyes, Fructuoso el de la Rica, o el señor Bonifacio, Enrique Puebla, o el zapatero Gordo o Pesetilla, pongamos por personas conocidas, tenían el doble de bigote y no llamaba la atención y si en él pudo ser abanderado emblema fue por su origen y por sus maneras desgalichadas para todo que le hacían chocante a pesar de querer ser señorito, por que si no quién y por qué iba a ver vestida a la Mariana en su tiempo o a la Ramona después con esas galas que aquí lucen tan obligadas que están para reventar pero Reyes, desgarrado de cuerpo y de alma, no era elegante, no era señor, no podía comprender el valor eminente de un traje clásico o tradicional que a él le hubiera sentado como a Guerrita el traje corto, pero a cambio de eso era inquieto y audaz, conocedor de las flaquezas humanas en cuya ayuda confiaba, al estilo de Estrella, José María Gómez, Pirralda, etc.

Todos los hombres de estatura corta, como Castelar mismo, pero de bigotes largos que parecen agrandar sus ideas, tienen modales un tanto cohibidos en relación con su desarrollo corporal que al acortar los brazos y las piernas les hace menos expresivos al accionar y un poco enredadas, con rasgos de enenismo, pero Reyes, que era chato y esto puede ser la razón íntima, compensadora y justificativa del bigote, no era bigotudo ni corto de talla ni falto de desenvoltura al accionar que lo hacía de más y con todo su cuerpo, principalmente al andar que lo hacía deprisa y agachado de cabeza como echándose el mundo a la espalda.

No hay hombre más o menos sobresaliente nacido en Alcázar que no se haya citado en esta obra, incluso muchos de factores negativos, pero hay una masa media bastante numerosa que sin realizar obras extraordinarias hubieran destacado mucho más si las circunstancias generales les hubieran favorecido. De esa masa sobresale Reyes Romero como uno de los vástagos cimeros, alcazareño de corazón, de los más característicos y de los mejor dispuestos, que aún viviendo lejos en el desempeño de su cargo no dejaba la ida por la venida y de utilizar todos sus recursos para seguir abonando su tierra que debe guardarle recuerdo permanente y, a su modo, considerarlo y aureolarlo como ejemplar.

CAMBIOS DE ESTILO

Para los conocedores no hace falta decir que la cara de esa del abanico es la misma de Cándido Meco. Eso está más claro que la luz, pero lo que no le parecerá a nadie tan claro es que la Antonia Portillo Ortega tuviera dieciseis años cuando iba de ese talante y con esa representación. Para que luego digan que el hábito no hace al monje, cuando tenía que estar jugando a la comba. Me recuerda a mi madre, que vistió así siempre y con el mismo rodete, las sayas hasta el suelo y el pecho repretado hasta asomarles por el sobaco.

Después se casó, claro, y aquí la tenemos con el hombre y Cándido precisamente



en las rodillas de su padre en algún día de tiros largos.

Hay un detalle de colocación muy significativo y bien ostensible en las fotografías de esta obra, que el hombre es el sentado ocupando la posición preferente como los reyes, dispuesto así por la mujer que se sentía obligada a guardar la deferencia situándose ella a un lado, incluso Brocha, está con la Mariana, su primera mujer, en esa posición, cuando ya había dejado la gañanía y tenía el bigote.

El hecho revela lo que ha perdido el hombre de consideración, de categoría y de dominio.

Una moza vieja le decía un día a otra de su igual aquí cerca:

— Un hombre María, un hombre. Se necesita un hombre.

Lo decía con toda su alma y sin distinciones más que de su cualidad fundamental de tutor, de protector, sombra amparadora, cuando lo es.

Gente alcazareña

Esta es la Ramona de la Cantera, la señá Ramona de la calle de la estación y la Doña Ramona de Albaceta, mujer del jefe de Telégrafos. Y agárrate a la baranda, porque para bromistas los Tejeros se pintan solos. O se pintaban, porque no queda ni uno, aunque en esta obra están todos y bien plantados para que no se sequen.



Brocha, en virtud de una de esas jugadas que salen bien en la vida, montó una labor con esta casa, con esas mulas, con ese personal y ese averío que tiene de todo, desde pollos tomateros y capones, hasta gallinas ponedoras y gallos cantores. Y la Ramona de gobernanta, porque le tiraba la tierra más que los perifollos del mundo y bien se le ve como una llueca echándoles comida a los bichos para que picoteen.

La Mariana y ella eran las más parecidas de la Manuela, pero la Mariana era más mujer y yo creo que más borrica, dentro de ser todos muy nobles y más alegres que unas castañuelas, porque las encerradas que les dieron cuando se casaron de segundas, animadas por ellas mismas, les estarán sonando en los oídos a todos los que las presenciaron como me suenan a mí.

La Mariana está en el libro primero pero la Ramona, a la que conocí tanto como a los demás, no había tenido la suerte de encontrarla y me complace muchísimo incluirla en esta obra que sin ella estaría falta de uno de los rasgos de alcazareñismo más representativos.



QUINTOS Y QUINTAS

Entrar en la quinta es la tercera fase de la clasificación vital de Coralio: nacer, ir a la escuela, entrar en la quinta, casarse y morir. No es menester ponderar su importancia, pues si los sesentones se ponen tan contentos viéndose entre los chicos de su escuela, más contentos se pondrían entre los mozos de su reemplazo, pero el caso es que los quintos suelen retratarse solos y no se dispone más que de las relaciones que se publicaron en los periódicos locales, sobre todo en aquella débil hoja que fue TIERRA MANCHEGA que el viento se llevó en un alarde de romanticismo juvenil. ¡Y qué gusto da ver como se han guardado durante tantos años las listas de los quintos que uno hizo!

La quinta que publicamos ahora es la del año 1919 y su relación ha sido facilitada por Francisco Rubio Chocano, maquinista, jubilado ya, a pesar de lo reciente de su quinta y otros muchos de la relación, estaban tan cansados que decidieron morir y aún conociendo un poco a la gente cuesta trabajo recordarlos, por lo que no podrán verse en los libros con sus detalles característicos, cosa que sentimos y a pesar de la cual nos complacemos en rendir este recuerdo a su memoria por haber sido amigos de muchos de ellos.

He aquí la quinta del año 19 con los numeros que les correspondieron en el sorteo.

- | | | | |
|----|---------------------------------|----|------------------------------------|
| 1 | Ignacio Quiralte Pavón | 32 | J. Ramón Fernández (el tonelero) |
| 2 | Pedro Cortés Casero | 33 | Juan de la Cruz Pradillo |
| 3 | Francisco Felipe Pérez | 34 | <i>Fructuoso Castillo Palomino</i> |
| 4 | Emilio Carretero Bermejo | 35 | Antonio Campo Castellanos |
| 5 | Bonifacio Cano Cano | 36 | Pablo Roperó Tejero |
| 6 | Antonio Angora Tajuelo | 37 | Francisco Román García |
| 7 | Manuel Carrascosa Roperó | 38 | Víctor Carrasco Sánchez |
| 8 | José López Marchani | 39 | Pedro Atienza Ortega |
| 9 | Máximo Rodríguez Martínez | 40 | Marino Espinosa Alcolado |
| 10 | José Sánchez Aguilera | 41 | Vidal Quiralte Ramos |
| 11 | Pedro Montealegre Chocano | 42 | José María Carrazoni Tejero |
| 12 | Benito Moreno Cortés | 43 | Serafín Barrejón Santiago |
| 13 | Manuel Monreal Zarco | 44 | Prudencio Fernández Ramírez |
| 14 | Francisco Ramos Barrilero | 45 | Manuel Octavio |
| 15 | Deogracias Romero Bermúdez | 46 | David Rodríguez León |
| 16 | Francisco Campo Jiménez | 47 | Joaquín Rivas Ajenjo |
| 17 | Angel Vaquero Moreno | 48 | Antonio Ramiro Monreal |
| 18 | Gregorio Sánchez Ortega | 49 | Francisco Cosín Barroso |
| 19 | Agustín Romo Barrilero | 50 | Demetrio Marchante Manzanero |
| 20 | Miguel Fernández Aparicio | 51 | Ramón Michel Díaz |
| 21 | Vicente Muñoz López | 52 | Francisco Pérez Lloserado |
| 22 | Joaquín Paniagua Romero | 53 | Miguel S. B. García Carpintero |
| 23 | José Ramón García Navarro | 54 | Félix Tejera Lillo |
| 24 | Ramón Verde Santos | 55 | José Pérez García |
| 25 | Bruno Huertas Alcolado | 56 | Saturnino Julián Díez |
| 26 | Nazarío Arrieta Navarro | 57 | Emeterio Villajos Jiménez |
| 27 | Basilio Comino S. Mateos | 58 | Socorro Carballo Octavio |
| 28 | <i>Nicolás Alderete Heredia</i> | 59 | Julián Romero Galán |
| 29 | Tomás Pérez Orea | 60 | Rufino Santos Acuña |
| 30 | Inocente Abad Sánchez | 61 | Maximiliano Alcañiz Castellanos |
| 31 | Julio Cárdenas Leal | 62 | Fructuoso Castillo Cartas |

- | | | | |
|----|-------------------------------------|-----|--|
| 63 | Francisco Sánchez Romero | 94 | Adrián Castellanos Monreal |
| 64 | Julián Vaquero Cañas | 95 | Joaquín Tejero Mazuecos |
| 65 | Toribio Vela Tejera | 96 | Vicente Sánchez Reguillo |
| 66 | Carlos Escribano Cortés | 97 | Santos Marín Ligeró |
| 67 | Florencio Cortés Cepeda | 98 | Ramón Viejobueno Quirós |
| 68 | Agustín Quiralte Lorente | 99 | Federico López Rico |
| 69 | Saturnino Masipica Ocaña | 100 | Manuel Vázquez Monedero |
| 70 | Manuel García Barrejón | 101 | Victoriano Comino Morales |
| 71 | Francisco del Amo Alcolea | 102 | Feliciano Alvarez Delgado |
| 72 | Florencio Chicote Mora | 103 | Blas García Coronado |
| 73 | Mariano Vaquero Caravaca | 104 | Francisco Campo Manzanero |
| 74 | Eusebio Vaquero Raboso | 105 | Victoriano Servando |
| 75 | Francisco Rubio Chocano | 106 | Leoncio Arias Ramos |
| 76 | Antonio Sotero Utrilla (Zamarreta) | 107 | Fernando Alonso Meco (Churrín) |
| 77 | Agustín Molina Carretero | 108 | Baldomero Vela Fernández |
| 78 | Aguedo Fernández Meco | 109 | Valentín Ballesteros Nieto (El Factor) |
| 79 | Emilio Botija Cortés | 110 | Rafael Díaz Mesas de León |
| 80 | Gonzalo S. Mateos Sierra | 111 | Celedonio Molina Molina |
| 81 | José A. Medina Cárdenas | 112 | Pedro Ubeda Ocón |
| 82 | Jesús Ocón García | 113 | Aniceto Sánchez Mateos Sodado |
| 83 | Ramón Muñoz Marchante | 114 | Agustín Maldonado Cárdenas |
| 84 | Ladislao Castellanos (Quintanareño) | 115 | Rafael Cencerrado Lorente |
| 85 | Juan Tolosa León | 116 | Jesús Comino Cortés |
| 86 | Crisóstomo Guillén Paniagua | 117 | Jesús S. Mateos Castillo |
| 87 | Teófilo Mazuecos Morollón | 118 | Juan de Mata Parra Castellanos |
| 88 | José Ramos Galán | 119 | Hermógenes Vela Moreno |
| 89 | Adolfo Mínguez Román | 120 | Antonio Fernández Tejero |
| 90 | Dionisio Pedrero Navarro | 121 | Juan de la Cruz Cencerrado Lizano |
| 91 | Joaquín Arias Utrilla | 122 | Avelino de Miguel Pérez- Vázquez |
| 92 | Andrés Chocano Muñoz (El Mizo) | 123 | Aurelio Marchante Monedero |
| 93 | Martín Molina Ortiz | 124 | Giordano Paniagua Arias |

SUCEDIDOS

Bolua ganaba siete reales blanqueando, que eran 49 a la semana cuando las cosas venían bien y había brocha a diario. Los sábados se echaba un vaso de vino en casa de Federico y un día estaban subastando un reloj en el Cristo:

—Hay que ver con la falta que me hace un reloj para no tener que estar asomándome siempre para ver la hora que es. La puja llegaba a 39 reales y Federico le dice:

—Pues nada, ofrece tu 40 y te llevas el reloj.

Se lo adjudicaron y al llegar a su casa se enfrenta con la mujer y le dice:

Vengo contento por no tener que asomarme para ver la hora, toma 9 perrillas que me han sobrado.

—La mujer asombrada le dice:

—Sí, hombre, con esto ya tenemos para toda la semana.

(Aportaciones de Julio Maroto Escudero)



Cuantas veces me hablaría Pitos de que les dedicáramos algún recuerdo a los futbolistas.

Sin embargo, sin ninguna razón para dejar de hacerlo, nunca cuajó. Esta fotografía que ahora se reproduce, la hizo él y me la dió Lorenzo Marchante que es un entusiasta del deporte y dice en las notas que acompañan a la fotografía, que está hecha el año 1922 y representa el primitivo ESPAÑA F. C. que fue campeón manchego a fuerza de coraje y amor al club y a su pueblo.

Los sentados son: Giordano, Mengoti, Jesusín, Licinio y Parrita.

De pie el Alicantino, Morales II, Laguna, Fuentes, Morales I; Zacarías y Gordo.

Habría para llenar varias páginas hablando de las cualidades de éstos jugadores, de las tardes tan brillantes que dieron a la afición alcazareña y de como se comían la tierra para que no les entraran un gol, pero eso todo el mundo lo sabe y lo recuerda empezando por ellos mismos.



BANQUETE-HOMENAJE

EN HONOR DE LOS JUGADORES DEL

C. D. ESPAÑA

CAMPEON DE LA REGION MANCHEGA

MENU

Tortilla francesa con jamón,
Merluza en salsa } Ciguagreta
 } Mayonesa
Ternera asada,

Postres: Flan, Queso y Frutas,

Habano y Champagne,

Vino "Miss España 1931"

PRECIO DEL CUBIERTO: 7'00 PTAS.

El banquete tendrá lugar en el Hotel
Raboso, a las 9 de la noche.

NOTAS.- Han sido invitadas para estos actos, las señoritas
España y Toledo y Madrina del C. D. España.

Esta tarjeta es valedera para asistir al baile que se
celebrará de 8 a 8'30 de la tarde, en el salón planta alta
del Circuito de la Unión.

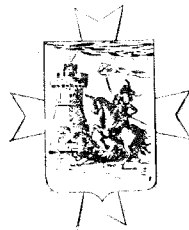
Alcázar, 1.º marzo de 1931

UN MENU

No tan llamativo como el publicado en el libro anterior y preparado por el fondista de la estación para el día del eclipse total de sol del año 1900, pero en todo caso demostrativo de nuestros medios y de nuestros modos.

El hotel Raboso de que habla, cuya nombradía no pasó a la posteridad a pesar de la llaneza y de la cordialidad de estilo alcazareño que allí se derrochaba, era el que había en el rincón de la estación dando a las vías, que llevó después el nombre de Pecker y que todavía existe en estado de ruinas, pero que lo abrió y regentó durante tiempo Macario Raboso, el hijo de Pretolo que estuvo siempre en casa del señor Bonifacio, para el caso la bondad personificada.

Gran menú este también y gran precio que tiene sobre aquel el flan, el queso, el habano y el champagne, que aunque tuviera cinco pesetas y media de diferencia en el precio y hubieran pasado treinta y un años, no era mucho, teniendo en cuenta que ahora los precios se doblan por días encadenados los dobleces como los dolores de los partos.



Depósito Legal C. R. 83 - 1961

Imp. VDA. DE MOISES MATA
Primo de Rivera, 6
Alcázar de San Juan - 1978